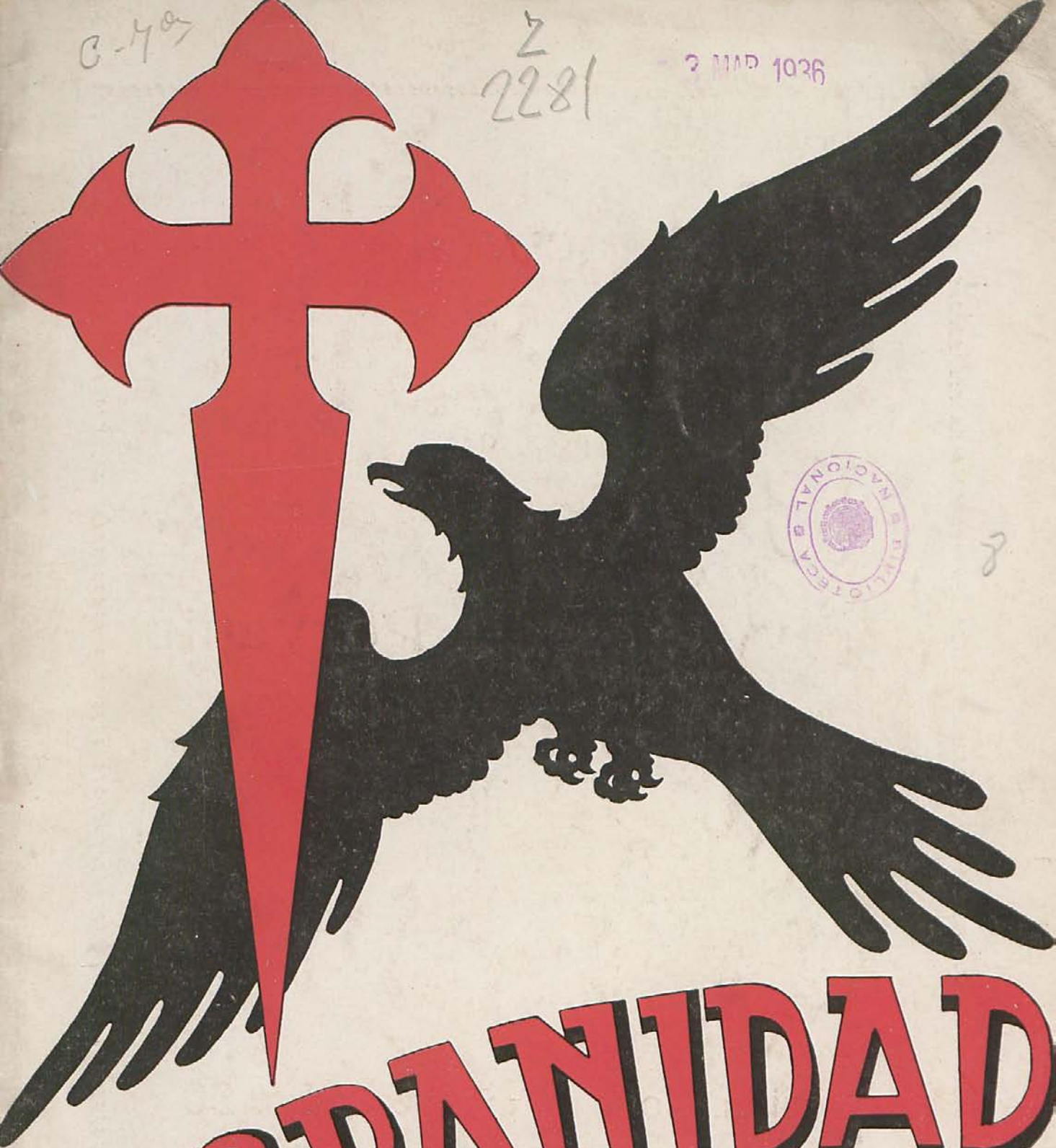


C-407

2
2281

2 MAR 1936



HISPANIDAD

15 FEBRERO



on car

Reservado

para los

Previsores del Porvenir



Avenida Conde Peñalver, núm. 20

Teléfono 14672

MADRID

LEA USTED
HISPANIDAD

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias, Artes, Literatura, Política, Historia y Economía



La Revista de exaltación de España



La que evoca sus recuerdos, sus triunfos,

✧ ✧ ✧ sus glorias ✧ ✧ ✧



Los mejores escritores escriben para

HISPANIDAD



Las mejores fotografías las encontrará en

HISPANIDAD



¡Propáguela!, ¡Suscríbase!, ¡Anúnciese!

SUMARIO

ELISEO GALLO: Dolor de España.—P. ROBADOR: El Padre Lerchundi, Defensor de la Hispanidad en Marruecos.—PEDRO MARROQUIN: Bécquer, el poeta del amor y del dolor.—FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA: Una rima de Bécquer.—ALBERTO DE SEGOVIA: Gustavo Adolfo Bécquer.—S. y J. ALVAREZ QUINTERO: Bécquer.—RAFAEL BURGOS: España en Trento.

“HISPANIDAD”

Revista quincenal hispano-americana de Ciencias,
Artes, Literatura, Política, Historia y Economía



Si todavía no se ha suscripto, envíe sin pérdida
de tiempo el siguiente cupón a la administración:
Calle de Recoletos, 5. - MADRID

BOLETIN DE ADHESION

D. _____
domiciliado en _____ calle de _____
desea suscribirse a «HISPANIDAD» por _____ a cuyo efecto
envía por _____ la cantidad de pesetas ⁽¹⁾ _____
(forma de pago) (tiempo)
(Firma)

(1) Un año, 10 ptas.; semestre, 6 ptas.

«HISPANIDAD» publica al año 20 números ordinarios y 4 extraordinarios.



REVISTA QUINCENAL
HISPANO-AMERICANA

DE

CIENCIAS,

ARTES,

LITERATURA,

POLITICA,

HISTORIA

Y ECONOMIA

CALLE DE RECOLETOS, 5.—MADRID

AÑO II - NÚMERO 8 - 15 DE FEBRERO DE 1936

A la memoria del

Padre Lerchundi

***** Misionero de España



Número-homenaje dedicado
al poeta dos veces español

**Gustavo Adolfo
Bécquer**

DOLOR DE ESPAÑA

Está la lucha empeñada. Y está en el medio la Cruz. Combatida siempre. Pero siempre en pie.

Entre el furioso turbión de pasiones desatadas que proyecta sobre la Patria una cortina cenicienta de odios, queda flotando la Cruz. Que tras sí lleva siglos de adoradores. Y nimbándola con un nimbo de gloria, el ideal de España, vital y eterna energía de la raza. Que no admite más tuteladas que su espíritu inmortal. Aquel sentir hondo y recio. Aquel orgullo cristiano que hizo de cada español un héroe de leyenda casi. Y de cada rey un gigante que—como dijo alguien—«haría honor a muchos reyes, llevándoles por escuderos».

Claro que, al hablar así, «más bien que a cosas de hoy, saben a cosas de antaño», en frase poética del gran poeta Pemán. Es natural. Pero es el dolor de España. En el territorio hispano faltan santos y sobran farsantes.

Faltan santos que ni son «los visionarios y fanáticos»—como les llama Valle Inclán—, ni los hombres de escuálido rostro, enmarcado en rígida túnica como se los fingieron algunos imagineros y más que algunos pintores. Son los hombres todo virilidad y dinamismo, porque en ellos reverbera la actividad del mismo Dios.

Dolor de España. El maldito liberalismo dió al obrero «la libertad de morir de hambre». Y a nosotros la necesidad de morirnos de asco. Porque la sangre española hierve de coraje. Y todo por ver a la Reina y Señora del mundo despeñarse en «obscuras soledades frías, lágrimas y negruras». Por mirarla en el fondo sin fondo de una sima de odio y de vergüenza.

Dolor de España, enlutada y triste, como una Dolorosa. Es que la Masonería asomó su cabeza achatada de reptil baboso. Y fué marcando señales de martirio en el cuerpo de la Patria.

Dolor de España. Hijastros miserables tienen la avilantez de renegar de su pasado, que fué un triunfal himno de gloria. Siente frío de muerte ante las galanuras españolas de una Teresa de Jesús o un Fr. Luis de León. Y tiemblan con espasmos de epilépticos, leyendo las vergonzosas páginas de Zola.

Dolor de España. Se entusiasman con Byron y desprecian a Cervantes. Y sin estudiar la lengua española—«propia de ángeles», que dijera un orador—van pregonando su pedantería con tres frases de mal francés o dos líneas de alemán peor. Ideal de España. Alegría de España. Frente a las uñas de los judíos sin patria, negras de rapiña, blanqueadas con el guante de la hipocresía. Frente a los socialistas y comunistas sin Dios.

Hispanidad. Rosicler castellano, preuncio de jubiloso amanecer.

Hispanidad. Ansia irresistible del ideal hispano, que abraza, con arrullos de incopiable ternura, a las hijas y a la Madre.

Hispanidad. Victoria del ideal, porque los verdugos de la Patria doliente no harán mella en el arnés diamantino de los corazones, que viven el anhelo infinito de la España grande que fué. Y que volverá a ser. Porque nos empuja el peso enorme de una tradición sin par.

Ideal de España. Sangre española, que hierve y que se agita, que se revuelve y crece para asfixiar a los traidores.

ELISEO GALLO

“LA PANCHITA,,

MANTEQUERIA :: FIAMBRES :: ULTRAMARINOS

DAMASO MENGOD

SERRANO, 98 : : : TELEFONO 50801 : : : MADRID

El Padre Lerchundi, defensor de la Hispanidad en Marruecos

El 24 de febrero de este año de gracia de 1936, se cumple el primer centenario del nacimiento del insigne misionero franciscano P. José Lerchundi. Español piadoso que se preocupa de Marruecos, escribía el Sr. Moret.

Y es así, que tal fué su preocupación constante Marruecos, pero Marruecos como prolongación de España.

El Imperio Xerifiano era por aquellas calendas, último tercio del siglo pasado, el palenque predilecto de las cancillerías europeas. Las crónicas de aquel tiempo, escribe el Duque de Maura, registran como eminentes por su actividad y eficacia en Marruecos, media docena de hombres. El único español que no sólo se parangona con ellos, sino que los supera por la trascendencia de su gestión africanista, es el inolvidable P. Lerchundi.

Bien necesitada estaba nuestra Patria de que alguien se preocupase de sus intereses allende el Estrecho, y los defendiera de la rapacidad de ajenas ambiciones. Esa fué la misión providencial del P. Lerchundi.

Si al terminar la guerra de Africa el Gobierno hubiera apoyado a nuestros Superiores, dándoles completa libertad para fundar tres o cuatro Colegios sin expedientes inútiles y otras trabas y cortapisas, hoy estarían nuestros Misioneros en todas las ciudades de Marruecos. Hemos perdido lastimosamente veintisiete años.

El Sr. Moret, a quien el P. Lerchundi dirigía estas quejas, le contesta... «Deploro con toda mi alma la inercia de España después de la brillante campaña de Marruecos; hemos perdido el fruto de la sangre y de los esfuerzos de los españoles, pero no tanto que no quede aún medio de recuperarlo. Yo estoy resuelto a que no sea estéril nuestra acción. Quiero llevar al Riff, a Fez y a Río de Oro Misioneros y cuento con usted. Sus ideas de usted respecto a la reorganización interior de Marruecos son profundas, y no dudo que serían prácticas, pero no me atrevo a pensar que por ahora puedan iniciarse. Más fe tengo en las escuelas y en las Misiones de los franciscanos. Con ellos podemos hacer la invasión pacífica y cristiana desde la costa al interior. Espero por mi parte que en los años que usted ha de vivir todavía, ha de ganarse todo el tiempo perdido en Marruecos».

El P. Lerchundi llega a Marruecos los primeros días del año 62. Dos después de la gloriosa campaña de Africa. No ha cumplido todavía los veintiséis de edad. Su primera preocupación es aprender el árabe. A ello se entrega de lleno, y unas veces conversando con los *tolbas* o sabios, ya con el pueblo en los *Socos* o mercados, ya también sentado en cucullas a las puertas de algún *kawachi* o cafetero, sin libros, sin otros maestros que el trato corriente de los mismos moros, a los ocho años de estar en Marruecos no sólo dominaba la lengua árabe, sino que tenía ya compuestos una Gramática y un Diccionario del Árabe vulgar. (Años más tarde, aprovechando su estancia en



El Padre Lerchundi

Granada, compuso en colaboración del Sr. Simonet la *Crestomatia*...)

Y no paró aquí la actividad del joven misionero. Ansioso de perfeccionarse en la lengua árabe y conocer su cultura, proyecta un viaje de investigación al interior y al efecto se dirige al Ministerio de Estado solicitando autorización y recursos para «visitar estas ciudades y regiones marroquíes que guardan las reliquias de la gente hispanomusulmana, conseguir algún objeto de arte o de arqueología, alguno de esos preciosos manuscritos cuyo descubrimiento es con tanta ansiedad esperado por nuestras corporaciones sabias, traer noticias y conocimientos que enriquecieran el estudio de la civilización musulmano-hispana o que explicara alguno de los problemas y sucesos de nuestra Edad Media. Aunque desconfiando de sus humildísimas facultades, el que suscribe espera que su expedición ha de ser provechosa a los intereses españoles...» Los gastos de la expedición estaban calculados en *seis mil reales*. El Ministro contesta que aprueba el proyecto, pero que no puede apoyarle «porque no existe en el presupuesto partida alguna a que poder cargar este gasto».

El 1877 el P. Lerchundi es nombrado Prefecto

Apostólico y Superior Mayor de las Misiones de Marruecos. Por curiosa coincidencia el Gobierno español, cuyo mejor cooperador será en adelante el P. Lerchundi, se opone a este nombramiento y le ordena salga desterrado de Marruecos. Los últimos días del 79, arregladas las dificultades de trámite, vuelve el P. Lerchundi a Tánger y toma posesión de su cargo.

En las Misiones se nota en seguida el impulso de su actividad vigorosa e inagotable. Es necesario abrir nuevas casas de Misión en las poblaciones de la costa y organizar la enseñanza. «Sólo así lograremos la reorganización espiritual de este país». «Desde que tuve el honor de encargarme del gobierno de estas Misiones, he mejorado y ampliado la clase del idioma francés, y establecido la del inglés y árabe cuyo conocimiento es de suma utilidad para el comercio que se hace en Marruecos. Además, estoy practicando diligencias para traer un Maestro normal de España que dé prestigio a nuestra Nación». Poco más de dos años han pasado y ya se ha conseguido mucho. «La escuela de niños de esta ciudad (Tánger) se encuentra en un estado brillante, pues además de tener un excelente Maestro de la Escuela Normal de España, que es Director principal, contamos con buenos profesores de árabe, francés, inglés y música vocal e instrumental. La de niñas, en cambio, me causa honda pena...»

Según el diario *Gibraltar Guardian*, 6 agosto 1883, en estas escuelas recibían instrucción 111 alumnos de todas las nacionalidades, siendo españoles 64, ingleses 21, portugueses 18, italianos 5, franceses 1, hebreos 2. Y el *The Globe*, 31 diciembre del mismo año, dice así: «El P. José Lerchundi, desde que ha sido nombrado Superior ha dado un gran impulso a la enseñanza. Los niños reciben enseñanza gratuita de Historia Sagrada y profana, Gramática, Lectura, Escritura, Aritmética, Geografía, Dibujo, Francés, Inglés, Español, Árabe y Música. La dificultad de la enseñanza a las niñas la venció el P. José trayendo cinco monjas franciscanas...»

El 1888 contaba la Misión con una moderna Imprenta Hispano-arábiga, que sirviese de vehículo al pensamiento español.

Igual incremento se vió en las casas de Misión. Al tomar la dirección el P. Lerchundi, 1880, las Misiones Católico-Españolas tenían cinco casas, Tetuán, Tánger, Casablanca, Mazagán y Mogador. El P. Lerchundi se pone en comunicación con el Gobierno español y restaura el 1888 la misión de Larache, el 89 la de Safi, el 91 la de Rabat. Este mismo año se abre una Casa Misión en Casablanca y el 94 en Mazagán. De acuerdo con el Sr. Moret, Ministro de Estado, proyecta la fundación en Río de Oro, proyecto que como tantos otros de aquellos dos hombres esclarecidos no se llevaron a efecto por causas, dice el cronista, del todo ajenas a su gran deseo de extender la acción misional en este país para gloria de la Religión y engrandecimiento de la Patria.

Uno de estos proyectos frustrados, fué la creación de un *Vicariato de Ceuta*. Al salir el Padre Lerchundi para la Embajada de Roma, le había escrito el Sr. Moret: «No necesito decirle que espero que volverá de este viaje con toda la cuestión del Vicariato de Ceuta completamente arreglada. No se venga de Roma sin que quede todo termina-

do». A su regreso el P. Lerchundi escribe al señor Moret, que S. S. estaba dispuesto a arreglar la cuestión de Ceuta. «Hace tres días, contaba el Sr. Moret, que el Nuncio de S. S. me ha anunciado el acuerdo de Roma y la base del convenio para la creación del Vicariato Apostólico de África, que será confiado a usted. En cuanto a la organización de las Misiones y del alto papel que a usted está reservado en ella, no puedo admitir siquiera la discusión de lo que usted indica. Todos los deberes del español y del sacerdote coinciden para obligar a usted a imponerse este nuevo sacrificio...»

Labor diplomática del P. Lerchundi

En la segunda mitad del siglo pasado la actividad desarrollada por las Potencias europeas más interesadas en el Imperio de Marruecos inició una lucha política económica que encerraba propósitos nada tranquilizadores para la acción de España en África.

Por el art. 8.º del Tratado de Paz de 1860 se concedía a España territorio suficiente en la costa del Océano, junto a Santa Cruz la Pequeña, para la fundación de un establecimiento de pesquería. El Sultán, presionado acaso por influencias extranjeras, había propuesto repetidas veces al Gobierno español la renuncia de estos derechos a cambio de una fuerte indemnización en metálico. Nuestro Gobierno, con buen acuerdo, se había negado siempre a ello. Como el Sultán insistía en su demanda y las influencias extranjeras eran cada día más patentes (téngase en cuenta que en sólo dos meses llegaron a la Corte del Sultán cuatro Embajadas, la inglesa, la francesa, la italiana y la nuestra), nuestro Gobierno decidió enviar una Embajada extraordinaria a Marruecos. Era a la sazón Plenipotenciario en Tánger el Sr. Diosdado (marzo del 82), quien enterado de los propósitos del Gobierno, escribe en seguida al P. Lerchundi: «Usted sabe que siempre ha venido un Padre con la Embajada. Yo creo que el indicado hoy por todas razones es usted. Deseo y me importa que sea usted conocido en la Corte Cherifiana. Usted sabe que en ciertos asuntos yo no podré marchar sin la cooperación de usted». La Embajada salió del puerto de Tánger el 20 de abril. El 22 se encontró en Mogador con la Embajada francesa que estaba de regreso, el 30 estaban a la vista de Marraques y el 2 de mayo fué recibida por el Sultán. «A las audiencias privadas con el Sultán, sólo asistía el embajador conmigo, escribe el Padre Lerchundi; la primera duró más de dos horas. El Sultán me preguntó por nuestra Religión y por nuestro género de vida. Le respondí explicándole los santos votos y los puntos principales de nuestra Santa Regla. Díjele que aún conservábamos las cartas reales de sus antepasados, las cuales vió después con mucho gusto... Después vinieron a felicitarme algunos magnates porque el Sultán había quedado satisfechísimo. El Sultán me regaló una mula y uno de los palaciegos una espidarga preciosa...»

Acababa de regresar nuestra Embajada a Tánger, 22 de mayo, y ya el Sultán había dispuesto enviar una misión extraordinaria a Madrid. El Ministro en Tánger, Sr. Diosdado, se lo comunicó al P. Lerchundi: «Hemos convenido en que es

preciso que usted acompañe a *Brisia* (Embajador extraordinario marroquí...)

En diciembre de 1885 manda el Sultán una nueva Embajada a Madrid. El domingo 13, a las dos de la tarde, se verificó en el Salón del Trono con toda solemnidad la recepción de la Embajada marroquí. Todo el personal de la Embajada fué conducido a Palacio en cinco coches de gala de la Real Casa. El Embajador Sid Hamet-el-Kerduk se adelanta con su Secretario, al lado... para servir de intérprete, un modesto fraile franciscano descolaba en aquella magnífica perspectiva *con su ropaje del color de la alondra, descalzos los pies, los ojos bajos, las manos en las mangas* y traduciendo el mensaje de los Embajadores mahometanos con esa voz clara y entera de que parecen guardar el secreto las saludables y fresquísimas montañas vascongadas... («La Fe», 23 de diciembre 85).

En 1887 el Gobierno español envía una Misión extraordinaria a Rabat. Era Ministro de Estado el Sr. Moret. Muley Hassan, que acababa de despedir a la Embajada inglesa, entra en Rabat los primeros días del mes de agosto y allí recibió la Embajada española presidida por el Sr. Diosdado. De primer intérprete, como de costumbre, iba el P. Lerchundi, quien recibió del Sultán Muley Hassan distinciones no dispensadas en la Corte Xerifiana ni aun a los más flamantes ministros de las Potencias europeas. El día 10 de agosto fué la recepción solemne y el día 12 el P. Lerchundi tuvo con el Sultán una entrevista que duró dos horas y para honrarle el mismo Sultán le acompañó hasta la puerta de Palacio y al despedirle, estrechándole la mano, le dijo varias veces: Tú eres mi fiel amigo. De esta entrevista con el Sultán nació el proyecto de la Embajada a Roma.

Todavía en 1894 mandó nuestro Gobierno una nueva Embajada al Sultán. Fué con motivo de los sucesos de Melilla. Al frente de la Embajada iba el General Martínez Campos. El Sr. Moret escribe al P. Lerchundi: «El Ministro me habla de enviarle una persona de confianza que esté a su lado. Yo no tengo más que una: usted. Espero que el Sultán recordará la grande amistad que siempre le ha tenido y que con sólo ver a usted al lado del General comprenderá mejor que con discursos las intenciones y proyectos que lleva». A pesar de los de-

seos del Sr. Moret, el P. Lerchundi no pudo acompañar a la Embajada. El Sr. Moret escribe: «La pena que me ha causado el que usted no vaya con el General M. Campos, no es para escrita... No me conforma la idea de que usted esté en Tánger cuando hay una Embajada española en Marruecos».

Lo que puso de relieve las dotes diplomáticas del P. Lerchundi fué la Embajada que el Sultán Muley Hassan envió a S. S. León XIII durante las fiestas de su Jubileo sacerdotal, 1888. Este fué el triunfo más saliente del P. Lerchundi, su principal gloria. El asunto había sido tramitado personalmente en Madrid con el mayor sigilo por el P. Lerchundi. Y una buena mañana de febrero, la población tangerina vió con sorpresa el embarque en el crucero español *Castilla* del Ministro de negocios extranjeros del Sultán, Sidi Mohamed Torres. Acompañaba al Ministro el P. Lerchundi. El 17 llegaban a Civita Vecchia y el 18 entraban en Roma. El día 25 de febrero de 1888 contempló el mundo entero el singular espectáculo de ver a los Embajadores del Sultán de Marruecos rendir público y solemne homenaje de veneración al Sumo Pontífice. Este acto causó profundísima admiración en las más altas esferas diplomáticas.

Pocas veces, dice un cronista de entonces, se ha dado mayor solemnidad en el Vaticano al recibimiento de una Misión extraordinaria como la desplegada en la audiencia de los Enviados Marroquíes. El Ministro de negocios extranjeros llevaba a su izquierda al P. Lerchundi... Después que el Santo Padre tomó asiento, el Embajador Sidi Mohamed Torrès leyó su discurso en lengua árabe, que fué traducido al italiano por el P. Lerchundi...

El anciano Pontífice quedó tan gratamente impresionado de esta Embajada que siete años más tarde, visitándole algunos misioneros franciscanos de Marruecos, el Papa les preguntó por el P. Lerchundi, y les dijo: Cuando lleguéis a Marruecos decid al P. Lerchundi que el Sumo Pontífice le concede una especial bendición.

El P. Lerchundi murió santamente en Tánger el 9 de marzo de 1896. Había cumplido los sesenta años.

J. ROBADOR

Chipiona, enero 1936.

Confitería y Coloniales - Fábrica de Mazapán

DOMINGO AGUADO

SUCESOR DE INFANTES Y COMPAÑIA

Calle de Belén, número 13, teléfono 22.—TOLEDO

BÉCQUER

EL POETA DEL AMOR Y DEL DOLOR

Ensueños que la imaginación acaricia, fantasías que anidan en la mente, ilusiones nacidas a la luz de una mirada, todo eso que es vago anhelo de un ideal tras el que corremos en la vida, brotó en mi alma al calor de la poesía que tienen las rimas de Bécquer y el encanto de su prosa pulida y castiza. Bécquer es el poeta del amor. Pasó por el mundo, doliente y triste, enamorado de un vano fantasma de niebla y de luz, al que llamó amorosamente y que del poeta huyó. Lágrimas son sus versos, lágrimas que la tristeza del amor arrancó de su corazón, lágrimas que le henchían el alma de un amargo placer y le daban en su tristeza una alegría: la alegría de llorarlas, la alegría de saber, perdidas ya las ilusiones con cariño acariciadas, que aún le quedaban esas lágrimas.

Un sueño, un imposible, eso es lo que el poeta amaba: una mujer a la que sorprende en sombría alameda iluminada por la luna, mujer hermosa que se aleja, que se pierde en el follaje y a la que sigue enamorado; y cuando llega al sitio que se imaginó iba a alcanzarla, mira que esa mujer que ya adoraba loco, era un rayo de luna que penetraba por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas. ¡Un rayo de luna! Bello símbolo del amor que encantó y a la par entristeció la vida suya. ¡Amor, amor, amor es el dulcísimo aroma que perfuma las rimas de Bécquer! Amor cuando los invisibles átomos del aire en derredor suyo palpan y se inflaman; amor cuando el poeta cree en Dios porque le miran unos ojos divinos de mujer; amor cuando suspira oculto entre las verdes hojas de las azules campanillas; amor cuando tiene miedo de quedarse con su dolor a solas; y amor cuando piensa que las oscuras golondrinas jugando llamarán con el ala a los cristales del balcón de una mujer, a la que adoró como se adora a Dios ante su altar... ¡Amor, siempre amor! Amor y tristeza, porque en las luchas del querer tocaron a la mujer amada lágrimas y risas, y al poeta sólo las lágrimas. Son las quejas que llora, cadencias que el aire dilata en las sombras; sabe que va a morir como la ola que en la playa llega silenciosa a expirar, porque en las entrañas siente la ancha herida mortal que la mujer ingrata le causó; y entonces piensa en el amor tan callado de la muerte y en el sueño del sepulcro tan tranquilo...

Los que leímos sus versos en esas horas en

que la niñez desaparece y alborea en el alma la juventud, semejante a la noche que huye cuando la aurora tiñe el cielo de esplendores, en sus versos aprendimos a sentir; en sus versos aprendimos a querer y quizá a llorar al ver convertida en rayo de luna a la mujer que seguíamos y adorábamos.

Bécquer embelleció muchos de aquellos días en que mi espíritu, tímido e inquieto como el pajarillo que se dispone a abandonar por vez primera el nido y mira con ansiedad el espacio que va a surcar osado, comenzaba a adivinar los misterios que entraña la vida.

Y así, cuando llegué a Sevilla y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madre selvas que corren por un hilo de balcón a balcón formando toldos de flores, y su sol de fuego deslumbró mis ojos al trasponer las verdes lomas sobre las que se asienta el convento de Aznalfarache, y encontré en cada calle una tradición y en cada plaza una leyenda, quise buscar en la alegre ciudad andaluza el recuerdo del poeta que imaginaba yo que habría dejado en ella el hechizo de sus versos, el aroma de su poesía. Fui, en uno de mis paseos, al barrio de la Macarena. Por sus callejas estrechas, alegres y soleadas, vagué a la ventura, preguntando rumbos a las mozueltas y a los chicos que por allí encontré, más que por salir fácilmente de aquel pintoresco barrio, por oír los dicharachos y saborear el gracejo y el donaire de aquella salada y simpática gente. Por la puerta de la Macarena salí hacia el convento de San Jerónimo; allá, a la mitad del camino, di con el cementerio. Enfrente, muy cerca, miré una casita que había sido blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas, rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecían un sin fin de jaramagos y matas de reseda. Era la Venta de los Gatos. Me pareció ruínosa, abandonada y triste. Allí, en ese ventorro y en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, Bécquer, sentado a una mesa en la que había algo de beber que pidió y no bebió, se puso a dibujar en un papel que sacó de la cartera el retrato de una mujer alta, delgada, levemente morena, con ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos, la cual, en alegre jarana, entre una multitud de hombres y mujeres, que formaban grupos a cual más pintorescos y bulliciosos, allí se solazaban. Y en tanto que Bécquer delineaba el contorno de

Monumento a Bécquer en el parque de María
Luisa, de Sevilla



la mujer que le servía de modelo, los hombres en el ventorrillo reunidos, entre los cuales había uno que rasgaba la guitarra con mucho aire, entonaban cantares de amor, de celos y desdenes de las muchachas que aquel corro animaban y alegraban; cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros. Aquel retrato fué a parar al mozo de la guitarra, que con encarecimiento le pidió, y con alabanzas andaluzas le ponderó, celebrando la suerte suya de haber encontrado un señorito templado y neto; y el poeta supo por el zagal que éste era hijo del ventero, y que aquella moza, la que había llevado la voz entre las mujeres y componía las coplas y las decía acompañada de las palmas y las risas de sus compañeras, era Amparo, su prometida; y Bécquer entonces, contagiado por la alegría del mozo, le despidió complacido con un apretón de manos, y le vio marcharse entonando un cantar cuyos ecos se dilataban en el silencio de la noche.

Cuando después de algunos años de ausencia, regresó Bécquer a Sevilla y volvió al ven-

torro creyéndole tan alegre y animado como antaño, le encontró solo y triste; y allí vió al ventero acongojado y envejecido, y de sus labios oyó con pena el final trágico de aquella historia de amores. A Amparo, la niña que adoraba el mozo, se la habían llevado a la venta de sus padres; y lejos de ella, al no ser ya su vida al aire libre, entre el bullicio y la animación del ventorrillo, se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas a un estrado. Por allí pasó su entierro; el zagal adivinó que la muerta era Amparo; siguió el ataúd, entró en el patio del cementerio, y al abrirse la caja dió un grito, cayó sin sentido en la tierra y se volvió loco.

Esta historia, que siempre me impresionó tiernamente, la recordé a la vista de aquella venta que desde la puerta del cementerio contemplaba. Entré en ella, quise pasar mi vista por aquellas paredes que fueron testigos de tanta dicha, y después de tal desolación, quise conocer la venta, donde había dejado el poeta tan vivas huellas de su paso. Entraron al mismo tiempo al ventorrillo unos hombres. Me

parecían de figura siniestra y aspecto repugnante. Los tomé por sepultureros y no quise verlos. Salí de allí con tristeza, y a pocos pasos sonó clara, distintamente, allá arriba, en una de las habitaciones de la venta, una voz que creí que sería la del pobre muchacho enloquecido de amor, que cantaba:

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí.
¡Llevaba una mano fuera,
por ella la conocí!...

¿Oí realmente ese cantar tan triste? No lo supe entonces, ni lo he sabido nunca; tampoco quise saber, temeroso de perder una ilusión, cuál sería esa que yo imaginé la Venta de los Gatos. Volví la cara para verla por última vez; corría por mis mejillas una lágrima de sentimiento, semejante a las que muchas veces han brotado de mis ojos al recordar los días felices que viví en la Reina de Andalucía.

Regresé lentamente a la ciudad: aire tibio y perfumado mecía con suavidad las flores en sus tallos; el cielo era azul, sin nubes, y en él brillaba el sol esplendoroso y radiante. Se me llenó el alma de alegría inmensa de vivir. Gozando dulcemente de los encantos de aquella hermosa y serena tarde de abril, iba pensando que ciertamente, mientras haya en el mundo primavera, habrá poesía.

En una reja, por entre cuyos hierros subían trepadoras las azules campanillas y la adornaban tiestos de albahacas y de rosas, una hermosa mujer—una flor más en el jardín que hechizaba la reja—charlaba amorosamente con su novio. Rumor de besos y batir de alas percibí en torno de la florida reja. ¡Es el amor que pasa!, me dije, adivinando cómo se reflejaba en los ojos de la gentil enamorada los de su apuesto galán.

Llegué a orillas del Guadalquivir; cerca de allí soñó el poeta dormir eternamente a la sombra de un árbol, cuyas ramas copiara susurrando mansamente el río. No había por esos contornos, ni en toda Sevilla, ninguna piedra, mármol o bronce, que recordara la gloria del poeta que tan tiernamente cantó el amor... «En donde esté una piedra solitaria sin inscripción alguna, donde habite el olvido, allí estará mi tumba»... así escribió melancólicamente Bécquer, quizá presintiendo lo por venir...

No encontré en la ciudad que orgullosa puede gloriarse de haber sido su cuna, un monumento erigido a su memoria, ni hallé realizado a la vera del río el sueño del poeta.

Tan sólo en la casa del gran torero, del torero artista que llevaba en los gallardos movimientos de su capote la poesía del arte rudo, pero bello y bizarro, que tanto fascina y sugestiona, una inscripción en mármol movía los corazones y los excitaba al cariño y a

la admiración por otro artista, el tierno artista del amor y la poesía...

No fué Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer, que tales fueron los nombres y apellidos del poeta, predilecto de los dioses, aunque sus ojos se cerraron para siempre cuando duraba aún el fulgor del relámpago que había alumbrado su cuna. De su vida afirmaba Narciso Campillo que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde. El mismo Bécquer, en verso, que es como únicamente sabía quejarse, decía sobriamente que su vida era un erial; que la flor que tocaba se deshojaba, y que en su camino fatal alguien iba sembrando el mal para que él lo recogiera.

Así fué, en verdad. Sus padres se le murieron cuando tenía cinco o seis años. Uno de sus parientes maternos le llevó al Colegio de Pilotos de San Telmo, lo que pudo ser porque era huérfano y pobre, circunstancias precisas para ingresar en él. Pero el Estado suprimió el Colegio y los colegiales se quedaron sin amparo y sin instrucción.

A Gustavo, que llegaba ya a los once años, le recogió su madrina de bautismo, poseedora de muchos libros, que el niño leía con grande afán, gustando más de los que estaban sin hojas al principio o al fin, porque así comenzaba o concluía a su talante las novelas o historias incompletas.

En el colegio había compuesto, en unión de Narciso Campillo, un chiquillo como él, que desde entonces fué su amigo entrañable, un drama disparatado, que representaron él y otros niños de su edad. Este drama, y una novela que no concluyó, fueron las primeras manifestaciones del amor que le inspiraban las letras y que fortaleció con la lectura de los libros que poseía su madrina. El hermano de su padre, pintor de costumbres como él, le dió lecciones de dibujo y de pintura, que muy bien aprovechó Gustavo; sin embargo, notó la decidida vocación de su sobrino a la literatura, y pensó que sería mejor literato que pintor, en contra de los propósitos de la madrina, la cual imaginaba que más fácilmente vendería cuadros que versos, causando esto el rompimiento entre la buena señora y su ahijado, que al lado de ella vivía decorosamente, y que quedaría desamparado en cuanto dejara su casa. Al fin, con muy pocos dineros, que le dió el pintor su tío, se trasladó a Madrid en galera acelerada, y pudo instalarse muy humildemente en una pensión de seis reales.

En la Corte fueron la pobreza y la tristeza sus inseparables compañeras. Sus primeros paseos por las calles madrileñas, con otro mozo que había conocido en Sevilla, Julio Nombela, le desanimaron sobremanera al no encontrar monumentos artísticos como los de

su ciudad natal; pero le consoló el pensar que la vida intelectual de España estaba en la Corte y que en ella podría encontrar gloria, dinero y ventura. Diez y ocho años tenía entonces. Tan temprano habían comenzado para él las asperezas de la vida.

Gustavo era soñador; su imaginación vestía con las más ricas galas aun las mismas pobreza y angustias que le afligían. Como si no tuviera ojos para mirirlas, ni corazón para padecerlas, se elevaba sobre ellas hacia un mundo en el que la fantasía desarrollaba cuadros brillantes, paisajes magníficos, salones maravillosos, por los que discurrían damas y galanes y guerreros y pajes de otras remotas edades.

Vivía en constante ensueño; en su cerebro y en su corazón, sin dar importancia a las prosaicas necesidades del vivir, su alma volaba hacia regiones de infinita belleza y claridad, muy ajenas a las miserias de la tierra. Gustaba de la soledad, que él llenaba de seres y de sentimientos que formaban un mundo en el que se hallaba satisfecho.

Decía Rodríguez Correa que Gustavo era un ángel. Jamás le oyó hablar mal de nadie, ni quejarse de sus desventuras ni de sus dolores físicos. Sus penas las lloraba hacia dentro y se resignaba mansamente a su triste suerte. Aún no había salido de Sevilla, cuando tuvo ocasión de mostrar la delicadeza y generosidad de su espíritu. Acariciando la idea risueña de marchar a Madrid, Narciso Campillo, Julio Nombela y Gustavo hablaban de los medios que precisaban para realizar el ansiado fin. Decidieron llevar siquiera un tomo de poesías compuestas por los tres, seguros de que no faltaría un editor que por él les pagase una buena suma. Poetas los tres chiquillos y con su ilusión puesta en Madrid, ¿qué extraño era que le pareciera racional que les pagasen noventa mil reales a cada uno, ya que, según opinaba Bécquer, daría vergüenza a un editor ofrecerles menos?

Había que hacer las cuentas para saber en qué emplearían ese dinero, tan fácil de lograr en seguida de llegar a Madrid. Tanto de viajes, tanto de comidas, tanto de vestidos, tanto de carruajes, tanto de amores. Total, doscientos diez mil reales. Sobraban sesenta mil de los doscientos sesenta mil que imaginaban obtener. ¿En qué se han de gastar?—se preguntaron los tres. Esta pregunta les parecía un problema insoluble. Fué Gustavo el que de pronto encontró en qué se habían de emplear. Trazó en la parte superior del papel una línea que rezaba: ¡sesenta mil reales, obras de caridad!

«Después de tan generoso impulso, que es el mejor retrato moral de Gustavo, y contentos los tres de aquella generosa inspiración, se separaron satisfechos, resueltos a llevar

adelante sus proyectos. Tres pobres, poco menos que de solemnidad, pensando en dar limosnas. Decididamente eran poetas».

Muchos años después, cumplidos ya los ochenta, y rendido al peso de amarguras y desengaños infinitos, me enseñó D. Julio Nombela, poco antes de morir, el papel en que escribió Bécquer esas cifras y esos renglones, que en aquellos lejanos días guardó por casualidad y que después lo disputaban muy justamente como inestimable reliquia; tal fué Bécquer como hombre.

El poeta mostrábase en todos los momentos de su vida y en todas sus actividades. Paseando, también con Nombela, por las calles de la Flor y de San Bernardo, vieron en un balcón a dos bellísimas señoritas, una de las cuales llamó muy poderosamente la atención de Gustavo. Durante sus paseos de otras tardes siempre procuró pasar frente a esos balcones, contemplando muy discretamente, pero con vehemencia que no se ocultaba a Nombela, aquella preciosa mujercita. Nombela tuvo ocasión de tratar a una familia muy allegada a ella, e intentó que se conocieran ambos; pero Gustavo se opuso firmemente y prefirió que no saliera a sus labios la adoración que ya sentía en su pecho por aquella gentil damita que fué la musa inspiradora, sin sospecharlo siquiera, de las rimas del poeta. Ni aun su nombre, Julia Espín y Guillén, se atrevía a pronunciar, temeroso de mancharlo con algo que no fuera purísima ideal adoración.

Un amigo de Gustavo había obtenido para él un empleo de tres mil reales en la Dirección de Bienes Nacionales. Bécquer se entretenía muchas veces en hacer dibujos, muchos de los cuales iban de mano en mano, admirados y disputados por sus compañeros. Un día entró el director a la oficina. Bécquer estaba entregado a sus tareas. Le rodeaban aquéllos, y el director se unió al grupo, y después de observar atentamente aquel tan raro expediente, preguntó a Gustavo, que seguía dibujando:

—¿Qué es esto?

Y Gustavo, sin moverse y señalando sus muñecos, respondió tranquilamente:

—Psch, ésta es Ofelia, que va deshojando su corona; este tío es un sepulturero; más allá...

En esto observó Bécquer que todo el mundo se había puesto en pie y que el silencio era general. El director entonces dijo:

—Aquí hay uno que sobra.

Y así fué, le declararon cesante aquel mismo día.

Se alegró Gustavo, pues su alma delicada, a pesar de la repugnancia que le inspiraban los destinos del Estado, le aceptó por no desairar al amigo que se lo había proporcio-

nado. Con cuánta verdad decía Isidoro Fernández Flórez que los que habían conocido a Gustavo Adolfo Bécquer no podían olvidar al amigo; pero los que han leído sus poesías no pueden olvidar al poeta.

Bécquer había soñado una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradiaba con suave luz de una en otra generación, y la realidad de su vida era una constante oposición a sus sueños; cada escritor suyo representaba o una necesidad material o el pago de una receta. ¡Cuántas tempestades silenciosas no pasarían por su frente; cuántas ilusiones no se secarían en su alma, y a cuántas historias de poesía no les habría hallado una vulgaridad en su último capítulo! ¡Pobre Gustavo, que no oyó soñar en sus oídos, como él hubiera querido, las palabras amor, gloria, poesía!...

Una noche de diciembre, fría y desapacible, esperaban para ir a sus casas Julio Nombela y Gustavo, en una calle del entonces barrio de Salamanca, el ómnibus, único vehículo que circulaba por allí. Al llegar éste a la parada, advirtieron que todos los asientos estaban ocupados y sólo había libre tres o cuatro en la imperial. Nombela aconsejó a Gustavo que siguieran el camino a pie charlando, para así soportar mejor la temperatura glacial que se sentía. No quiso Gustavo, y prefirió subir a la imperial. Apenas hablaron; el frío intenso les obligó a esconder la cabeza en los gabanes. Al llegar a la esquina de Jorge Juan y Claudio Coello se apearon tiritando y, despidiéndose, se marchó cada uno a su casa. Ambos cayeron enfermos; pero Nombela se alivió pronto. Atacado Gustavo de fiebre infecciosa, que no pudo ya resistir, a los pocos días se apagó su vida azarosa y amarga, y el alma suya, delicada y bondadosa, volvió a su Dios que la creó.

Era entonces una época crítica y tormentosa para España. La turbulenta regencia del general Serrano, herencia de la revolución que destruyó a Isabel II, durante la cual se había luchado encarnizadamente en favor de los distintos candidatos al trono, tenía ya sus días contados; levantados en armas carlistas, socialistas y federales, se derramaba estérilmente sangre española; y fuera de la Península, potente insurrección en las Antillas exigía el envío de miles y miles de soldados para sofocarla; por todo ello, inquietos y preocupados los madrileños, ¿quién había de notar que se moría un poeta, un hombre que hacía versos, cosa tenida por muchos como inútil y aun perjudicial en la República? Y ¿quién, aparte del pequeño grupo de amigos cariñosos del poeta muerto, había de prestar atención al pobre cortejo que salía de una casa modes-

ta de solitaria calle, la de Claudio Coello, del lejano barrio de la Concepción, en las afueras, entonces, de la villa y Corte?

¿Quién, en fin, al otro día, había escrito Bécquer en una de sus más inspiradas y melancólicas rimas,

¿Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo,
quién se acordará?

A la Sacramental de San Lorenzo llevaron sus pocos amigos los restos de Gustavo y los dejaron junto a los de Valeriano, el amado hermano, con quien había compartido en su vida su exhausto bolsillo, sus esperanzas, sus muchas penas, sus cortisimas alegrías, su pobre habitación, y cuya muerte, tres meses antes, parecía haber precipitado la suya, arrebatándole la última ilusión de su entristecida vida y con quien iba a compartir en aquel fúnebre recinto la soledad y la tristeza del cementerio, y más allá, en el no ser, los honrados misterios de la eternidad.

Del último asilo,
obscura y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo;
allí le acostaron,
tapiáronlo luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

En la misma semana, en la calle del Turco, caía destrozado por las balas asesinas de Paul y Angulo el general Prim; y a los pocos días, todavía bajo la tremenda impresión de la tragedia, el pueblo de Madrid veía, conmovido y curioso, pasar gallardamente por las calles de la Corte, camino del Palacio Real, en brillante desfile, entristecido por la sombra del valerosísimo caudillo de Africa, al nuevo monarca, el rey galantuomo, solo, a caballo, a largo trecho de sus tropas, mostrando serenamente el recio temple de su alma, incapaz de temblar ante el peligro de las armas regicidas, y que había venido a España de luengas y extranjerías tierras, como el César imperial, Carlos I de Alemania y como Felipe de Anjou, a ceñir en sus sienes la regia corona del santo rey Don Fernando III de Castilla.

En Madrid palpitaba, esplendorosa, la vida; nueva era comenzaba en los destinos de España. Allá en el cementerio de San Lorenzo, más abajo de la puente de Toledo,

¡qué solos, qué tristes,
quedaban los muertos!...

La pobreza en que el poeta había vivido, le hizo llegar obscuro y desconocido a los umbrales de la muerte; y los hijos de su fantasía, que dormían acurrucados y dormidos en los rincones de su cerebro, esperando en silen-

cio que el arte los vistiera de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo, hubieran perdido sin que nadie los conociera, si Bécquer no hubiera tenido amigos cariñosos que le admiraban sinceramente, algunos de los cuales tanto simpatizaron con él, que se habían unido casi desde niños sus vidas y sus almas.

Augusto Ferrán, el poeta de los cantares, que tenía coleccionados muchos de los que hubo escrito Bécquer; Narciso Campillo, que vigiló amorosamente la impresión del libro; Casado del Alisal, que había hecho un dibujo de Gustavo en su lecho de muerte; el ministro Don Manuel Silvela, que había de allegar los elementos que le permitía su alta condición oficial; Julio Nombela, que le quería entrañablemente; Ramón Rodríguez Correa, que escribió el hermosísimo prólogo, todos, unidos cordialmente en el amor y la admiración al excelso poeta, llamaron a la puerta de príncipes y de artistas, de ricos y de pobres, de aldeanos y de mercaderes, y todos, generosos y desprendidos, dieron su oro para el libro del poeta. Y ese libro, que compendia la vida de Bécquer, se hizo merecedor a la devoción de los fieles amigos y a la caridad de muy buenísimas gentes, que así salvaron del olvido tan preciadas obras. Y fué leído y admirado; y los versos divinos de Bécquer, versos de ternura, de amor, de sentimiento, corrieron de boca en boca, de alma en alma, y humedecieron muchos ojos y estremecieron muchos corazones, y el nombre del poeta, circundado de radiante aureola, fué gloria de Sevilla, gloria de España y admiración de extraños pueblos.

Un día, pasados muchos años, dos poetas, nacidos en la hermosa región andaluza, de la que es mejor y máspreciado tesoro la bella ciudad que riega el Guadalquivir, la ciudad de los azahares y jazmines, donde la moruna Giralda se levanta gallarda, airosa, altiva, dos ingenuos de alma noble y generosa, advirtieron que ese divino poeta no tenía en su patria un recuerdo que a todos hablara de su gloria; y entonces concibieron el pensamiento de elevar en tierra sevillana, cerca del río, a cuya orilla soñó el poeta dormir el sueño de oro de la inmortalidad, el recuerdo que echaron de menos...

No pensaron en buscar oro entre generosas gentes de su tiempo, como antaño hicieron los amigos de Bécquer, para dar a luz sus rimas y su prosa; pensaron hacer oro, si; pero hacerlo con la poesía que llevan en su alma sevillana, ofreciendo así el mejor homenaje a la memoria del poeta del amor. Glosaron con sutil ingenio una de sus rimas, una que ni morirá jamás, porque siempre ha de vestir el sol de fuego y oro las desgarradas nubes; porque eternamente hemos de sentir el ansia de penetrar en el misterio de la vida, y eternamen-

te habrá suspiros de amor, y hemos de sentir que se nos alegra el alma sin que los labios rian, y hemos de llevar dentro del pecho esperanzas y recuerdos, y siempre habrá ojos que reflejen los ojos que los miren, y ha de responder el labio suspirando al labio que suspire, y mientras el mundo exista han de sentirse en un beso dos almas confundidas, y eternamente ha de haber hermosura en la mujer para que la vida tenga hechizos y encantos.

A esa rima le dieron un soplo de vida, la perfumaron con el aroma dulcísimo de la poesía que puso Bécquer en sus versos, y así nació, como las flores en los campos, La Rima Eterna, homenaje de amor y de poesía, consagrado por las nobles almas de los Quintero al poeta sevillano. La voz entusiasta de los dos hermanos poetas que llamaba a todos para glorificar la memoria de Bécquer «halló prontamente eco de simpatía en el corazón de los españoles, y al punto se vió el alma de la Ensoñadora, su mensajera ideal, llena de monedas derramadas en ella por manos generosas, desde la tosca y dura de quien tuvo que dejar la azada para entregar su ofrenda», hasta las augustas y finas de una gentil princesa, de lejanas tierras venida, que en sus ojos tiene la luz, en su persona el perfume, el color y la línea, y en su rostro la expresión, fuente eterna de poesía; princesa bella como la ilusión, que, si por ley de los hombres reina en el trono de Isabel, es por ley del amor reina de los corazones españoles; la cual, por admiración al alto poeta, trovador del ensueño, que llevaba en el alma la canción que va forjando la vida y va rimando el dolor, quiso honrarle, y para más enaltecer su gloria, le llevaron sus manos rosas, rosas finas por su aroma suave, puras por su color, de tal manera lindas, que no acertará a distinguir, quien vió juntas rosas y manos, en donde acababan las manos y donde empezaban las flores...

Juntas cayeron en el alda de la Ensoñadora las ofrendas de los reyes y las del pueblo. Sólo el amor, según poética expresión de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, es capaz de conseguir victorias tales, y acaso nada como la poesía que las merezca.

De tan gallardo modo, los dos ingenios tan reciamente sevillanos y tan hondamente españoles, que han cantado la alegría del vivir y que saben reflejar con singular donaire las costumbres de la riente Andalucía, «lograron rematar la empresa, que a muchos pudo parecer quijotesca aventura, de levantar a orillas del claro Guadalquivir un monumento, bello conjunto de mármoles y bronce, sobre los cuales cantan los pájaros y brilla el sol, que ha de perpetuar la fama de Gustavo Adolfo Bécquer».

Impulsada por el noble ejemplo de Serafín

y Joaquín Álvarez Quintero, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó que reposaran los restos de los hermanos Bécquer en el seno amoroso de la misma ciudad que los vio nacer, para hacer verdadero el sueño de Gustavo de dormir eternamente a la orilla del Betis, no lejos del punto adonde había ido tantas veces a oír el suave murmullo de sus ondas.

Tantos años corrieron desde aquel día invernal en que los amigos que amaron a Bécquer le habían dejado en el solitario cementerio, que ya ninguno de ellos vivía.

Amigos también eran de Gustavo y de su hermano, aun no habiendo conocido sino en sus poesías y leyendas al poeta y en sus dibujos a Valeriano, y por unos y por otras los amaban y admiraban, unos hombres de corazón, que cumpliendo el encargo de los sevillanos llegaron una mañana de abril a turbar momentánea y piadosamente el sueño del sepulcro. Eran, ¿cómo no?, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, cuyos insignes nombres irán por siempre unidos al nombre del poeta, y también D. Francisco Rodríguez Marín, y el Conde de Casa Segovia, y Cándamo, y Blanco Belmonte, y Enrique de Mesa.

Unas mujeres, seguramente lectoras feroces de las Rimas, acudieron asimismo a presenciar la triste escena de exhumar los preciados restos. Cuando fueron abiertas las cajas guardadoras de ellos, una de esas mujeres, acaso una enamorada que halló en los cantares de Gustavo un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, echó unos clavos sobre los huesos de Gustavo contemplándolos un instante con tierna emoción, y entonces Rodríguez Marín, de alma sutil, bondadosa y justiciera, tomó una parte de las fragantes flores y las colocó suavemente en la cajita que encerraba los restos de Valeriano. Si el espíritu de Gustavo pudo ver desde la eternidad el delicado rasgo de Rodríguez Marín, ¡qué dulce impresión le habrá causado!

Al llegar a Sevilla las dos cajas fueron depositadas en la parroquia de San Vicente y en su capilla de la Hermandad de las Siete Palabras; y de allí, con gran pompa y acompañamiento de todo género de gentes, desde los personajes oficiales y elevados, hasta los más humildes del pueblo, que todos quisieron honrar la memoria de aquellos sevillanos, de cuyo nombre se enorgullece la hermosa ciudad de la Giralda, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, fueron llevados a la antigua iglesia de la Universidad, en cuya cripta quedaron ya para siempre enterrados los dos hermanos artistas...

Corrieron los años, y mi suerte venturosa me trajo otra vez a España, y volví a Sevilla, feliz y aborazado de hallarme nuevamente en

ella. Ansia tenía yo de visitar la iglesia de la Universidad y de contemplar en el bello parque, orgullo de los sevillanos, el monumento de Bécquer. Por la puerta que da a la calle de Laraña, con hermosa portada greco-romana, entré en el templo que guarda las cenizas de los hermanos Bécquer.

¡Cuántas veces Gustavo, después de haber discurrido por las anchurosas naves de algunas de nuestras inmensas catedrales góticas o de haberle sorprendido la noche en uno de esos imponentes y serenos claustros de nuestras históricas abadías, pensó encontrar la paz del sepulcro en el fondo de uno de esos claustros santos donde vive el eterno silencio y al que los siglos prestan su majestad y su color misterioso e indefinible! ¿Y qué mejor sitio para tornar realidad la fantasía del poeta que esa hermosa iglesia, bajo cuyas bóvedas sólo se oyen los gemidos del aire extendiéndose de eco en eco y entre cuyas arcadas tienen su sepultura bizarros caballeros y gentiles damas, hermosas aun en la muerte, que duermen sobre sus urnas de mármol?

¡Qué hermoso estaba aquella tarde el parque de María Luisa! El agua cristalina que saltaba de los surtidores de las fuentes de cerámica de la Cartuja o jugueteando con alegre murmullo corría por los caños de azulejos; los árboles, cuyas verdes hojas movía el aire con un rumor dulcísimo; las lozanas flores, de mil pintados colores y de aroma suave y grato que embalsama el ambiente; el sol, que lanzaba sus rayos de oro encendiendo el ocaso y arrebolando las nubes; todo era un encanto para mis ojos, que ansiaban contemplar a un tiempo tantos primores, y un deleite para mi espíritu, cautivo y extasiado ante esos deliciosos jardines, de maravilla tal, que un instante me quedé parado, dudando si aquello lo tenía ante mi vista o lo estaba soñando mi mente.

Caminaba a la ventura, sin querer ir directamente al bello paraje en el que se levanta el monumento de Bécquer. Deseaba, sin buscarle, encontrarle, bien al salir de una callejilla de árboles, o al topar con un espeso muro de follaje, o detrás de unas tupidas ramas de camelias o naranjos. Y así fué: «Cobijado por gigantesco árbol, bóveda de un templo de la naturaleza, bajo cuyas ramas, majestuosas y tiernas a la vez, llenas de hojas que parecían lágrimas cuajadas en verdura como expresiva representación y símbolo de lo que fué en la vida perenne estímulo del estro de nuestro gran poeta, se ve nacer el amor y se le ve morir», apareció de pronto el bello monumento que esculpió prodigiosamente el pincel genial de Coullaut Valera. Contemplándole, sentí en él, una vez más y más vivamente, renovarse en mi pecho el amor que tuve a Béc-

quer desde que sus versos embelesaron mi espíritu y sus leyendas deslumbraron mi imaginación.

Allí me ocurrió pensar que la poesía de la Rima Eterna que palpita en el ambiente de la primorosa, poética ficción de los Quintero, poblado de encantos, por la Ensoñadora que aprendió a leer en el libro de Bécquer que olvidó en el Valle un viajero desconocido y misterioso; la poesía que embellece el amor que deshace el cielo en rayos de oro, es la poesía que palpita en derredor del monumento dedicado a Bécquer y erigido en uno de los más bellos sitios del hermoso parque.

Allí imaginé que cuando el sol besa las nubes en Occidente y de púrpura y oro las matiza, y las amorosas ramas del árbol dan sombra a la frente del poeta, y ansiosas de llegar a besarla, trepan rosas y campanillas azules por el tronco robusto, y los pájaros cantan la gloria del divino artista, debe de flotar, en torno de aquel paraje delicioso, su alma, agradecida a los poetas que con elevado pensamiento lograron llevar otra vez el nombre de Bécquer a todos los labios y sus versos a todos los corazones. Asimismo pensé que los viajeros que atraídos por la magia de la sin par Sevilla, llegan hasta allí, sienten seguramente la dulce emoción de ver glorificado en mármoles y bronce al poeta de las golondrinas.

Esa emoción la había yo sentido cuando oí sobre el tablado, algunos años atrás, la tiernísima comedia de los hermanos poetas, reflejadas en ella con aromas de poesía, las páginas del libro de Bécquer que con cariño y devoción glosaron tan admirablemente y le dieron vida y alma, el alma tierna y dulce del que ideó las Rimas. Y allí volví a sentirla cuando logré contemplar, plasmado en mármol, los rasgos fisonómicos del poeta, aquella cara, toda bondad y resignación, fiel espejo de su alma noble y bella, delicada y sensible. ¡Ya la perla de la Andalucía no estaba en deuda con el poeta!

Enfrente al monumento de Bécquer, un instante con los libros en que están impresas las obras del poeta, me ofrecía ocasión singularísima de leerlas, dejando escapar mi imaginación en vuelos quiméricos, sugestionado por el sitio y por la hora. Ya había cerrado la noche, pero «con toda claridad de la luna que podía competir con el que se la prestaba», de manera que distinguía yo claramente las le-

tras en las páginas del libro, alumbradas misteriosamente por aquellos rayos plateados que llegaban a besar el árbol en torno del cual se eleva el monumento.

Todo en el parque parecía a mi alrededor sumido en profunda calma. Poco a poco, y bien fuese que la misteriosa embriaguez de las altas horas de la noche, que pesan de una manera tan particular sobre el espíritu, bien que el lejano murmullo del agua, el penetrante aroma de las flores y las caricias del viento tibio comunicaran a mis sentidos el dulce sopor en que parecía estar impregnado el ambiente, comencé a sentir que mis pensamientos tomaban formas leves e indecisas.

En las ráfagas del aire, y confundido con los leves rumores de la noche, creí percibir un rumor de voces dulces y misteriosas que hablaban, rezaban o cantaban, formando una algarabía tan ruidosa y confusa como la de los pájaros que despiertan al primer rayo de sol entre las frondas de una alameda.

Cuando al fin los suaves resplandores del alba las ahuyentaron y en el cielo se apagaron los luceros y el pálido astro protector de los misterios y los amores escondió sus plateados rayos, cerré el libro en que cuenta el poeta sus leyendas y se queja en sus rimas.

Aun sin romperse el encanto que fascinaba mis sentidos, me dí a pensar en las tristezas y dolores del poeta, manantiales de su inspiración y de la gloria que hizo irradiar sobre su patria; pensé que no se extingue el ingenio en el país del sol, en esta hermosa España que idolatra ciega y plenamente el alma mía; me acordé que de esa Andalucía, de cielo azul purísimo de zafir y sol ardiente, y ríos que arrastran arenillas de oro y mujeres de gracia y hermosura y gentileza incomparable, habían salido las naves que había de hacer surgir un mundo, y asimismo pensé en tantos hombres de esa tierra bendita, que en alas de un ensueño la han ennoblecido, y en pos de un ideal de gloria y de amor a la patria, han regado con su sangre generosa todos los campos y todas las aguas del planeta.

Y entonces, en aquella aurora inolvidable, cuya delicia aún saboreo, y con el alma conmovida y húmedos los ojos, me dije, imitando la rima del maravilloso poeta:

Mientras viva en el mundo nuestra España,
¡habrá poesía!

PEDRO MARROQUIN

UNA RIMA DE BECQUER

Vagando al azar por las estrechas calles de la silenciosa Toledo, buscando la flor de la emoción que crece en sus musgosas piedras milenarias, la sombra del poeta pasó entre nosotros. Envuelto en un claro resplandor, su silueta romántica era, en la calma de la noche, un símbolo eterno. La divina llama que no se extingue brillaba en su pecho como un rubí, besaba el aire el rebelde airón de su cabellera.

En el melancólico claustro de San Juan de los Reyes, a la hora del «Angelus», copiando en su álbum un calado rosetón o el gesto ascético de una de las estatuas, volvimos a verle. Agonizaba el día en el ocaso; por las amplias ojivas entraban los últimos rayos de la mortecina luz y gemía el viento en los sauces del abandonado jardín.

Cuando las primeras sombras invadieron las desiertas galerías, se confundieron con ellas, entró en su reino la sombra del poeta. Y empezó a parpadear una luminaria en el infinito.

Unas amarillentas cartas que la casualidad puso en nuestras manos, nos descubren momentos de una vieja historia, horas de remotos días que nosotros, en la calma de este claustro, escuchando la lejana queja del río, unimos con invisibles hilos para formar una leyenda...

Y pasa su sombra nuevamente.

I

Buscando un bálsamo de olvido para una vieja herida del alma, un puerto de paz, remanso de aguas muertas para su espíritu cansado, ha llegado el poeta a la vieja ciudad castellana, a la silenciosa y alucinante Toledo, en cuyos estrechos callejones escuchó tantas veces, en pretéritos días felices, la canción de los siglos. Llega en una tarde de otoño en que las hojas secas, cual pródiga lluvia de oro, alfombran los caminos; una brisa sutil, fría e invisible caricia, las arrastra y levanta en confusos y absurdos remolinos. En imperceptible susurro dicen su canción las hojas secas: Como nosotras, un día la ráfaga misteriosa que nada perdona arrastrará la luz hecha sombra; el oro, polvo sin valor y sin brillo; la música, silencio; el agua, sed...

El sol acaba de fundirse tras las azules ondu-



En el melancólico claustro de San Juan de los Reyes...

laciones de los cercanos montes, tiñendo el horizonte de tonos cárdenos y violetas; empiezan a encenderse en el cielo, como pequeñas lucecitas votivas, las primeras y más claras estrellas, y reflejan en sus cambiantes cristales el disco de la luna las rumorosas aguas del río.

Y el poeta, llevando en el alma la fresca y sangrienta rosa de un nuevo dolor, entra en la milenaria ciudad una vez más.

Toledo es para él oculto jardín donde podrá cuidar libremente las flores de su melancolía. En

la quietud, en la paz de la ciudad austera, podrá iluminar los más ocultos rincones de su memoria y revivir los días lejanos, las horas que cayeron una a una en el pozo insondable del ayer. Las precisas y borrosas líneas de los recuerdos tomarán de nuevo claros y luminosos relieves, temblarán nuevamente ante él como en las muertas aguas de un viejo espejo. Llegarán otra vez a sus oídos el eco de remotas y confidentes palabras. Sentirá una vez más resbalar por su frente la caricia de una mano ya muerta y verá reflejarse en los suyos el

brillo de unos ojos ya apagados para siempre.

«Isla soy yo de reposo», parece decirle el altivo rincón castellano, que el Tajo ciñe con su collar de quejumbrosas aguas, cuando un nuevo desengaño pasa por su espíritu como una ráfaga de muerte.

II

En uno de los más pintorescos rincones de Toledo, en los que parece que el tiempo detuvo su marcha, está la casa que sirve al poeta de refugio durante sus largas estancias en la ciudad muerta. Fué antaño señorial palacio, sus amplias salas, donde hoy el silencio hizo su nido, cobijaron un día, remoto día que se pierde en un infinito horizonte azul, las llamas renovadoras de la vida. Cuando llega la noche y la sombra cubre con su velo toda la realidad de nuestras vidas pobres actuales, de sus espesos muros ruinosos parece salir un eco, eco extraño en el que están confundidos, unidos por infinitudes y lazos invisibles, notas perdidas sin sentido, palabras, quejas, tenue rumor de besos. ¡Cuántas veces, a la temblorosa luz de una bujía, el poeta en vano quiso recoger en el papel aquella sinfonía extraña y rompió, rabioso, la pluma ante su impotencia! ¡Oh, si él conociese el secreto de la armonía como el triste Chopín, y pudiese aprisionar ese eco en las líneas del pentágono y hacerle sonar nuevamente en el blanco marfil de las teclas! Pero la noche pasa y el eco se pierde, se pierde en un infinito horizonte azul...

La vieja mansión tiene un pequeño jardín, en el que dos añosos árboles muestran el tesoro de oscuras esmeraldas de sus hojas, oro en otoño, cuando sus ramas quedan desnudas, semejando monstruosos brazos, muertas y petrificadas hogueras. Y bajo su sombra, en pequeños macizos o en toscas macetas de barro, crecen humildes flores, de tenue aroma, de pálidos tonos. Hay una fuente, en la que eternamente suena la monótona canción del agua, y un pequeño banco de piedra, en el que se sienta el poeta a la hora del «Angelus», cuando la campana del cercano convento desgrana en el silencio sus notas pausadas y brilla en el negro azulado del cielo el primer diamante de luz. Sobre su cabeza, describiendo

círculos extraños, pasan las golondrinas, que le regalan con la música de su piar incesante las oscuras golondrinas que tejieron su nido en la musgosa piedra del balcón.

El poeta ha dejado sobre el banco el pequeño libro que siempre le acompaña y pierde la interrogante mirada de sus ojos inquietos en el abismo de la noche...

(Pequeño y romántico jardín de la vieja casa toledana. ¿Entre las páginas de qué libro quedó alguna flor de las que en ti vivieron algún día? ¿Dónde fué el oro de tantos otoños que el viento arrancó de tus árboles? ¿Hacia qué estrella partió, en su ansia de infinito, la melancólica mirada del poeta?)

III

En un angosto pasadizo de la Judería vive y tiene su estudio el viejo pintor; es un romántico tipo de hidalgo castellano como los que inmortalizó el visionario pincel de Domenico. Y también su paleta, como la del Greco, tiene una gama de negros y terrosos tonos. Vive acompañado de su hija, virgen de pelo negro y piel de nieve, en cuyos amplios y maravillosos ojos arde una luz inquieta.

El poeta y el pintor, por hermandad de sus almas, son amigos, y en el amplio taller, rodeados de cuadros inconclusos, ante una gran chimenea, hablan de arte. Por su charla incansable pasan todas las geniales figuras que en el mundo dejaron una imborrable huella: escultores de la Gracia eterna, arquitectos de la Edad Media, que pueblan el mundo de góticas catedrales, gigantescas oraciones de piedra en las que el granito se convierte en encaje al contacto mágico del cincel; pacienzudos monjes que llenan de oro el pergamino de los códices; pintores del Renacimiento, poetas de todas las épocas. Todo pasa en tropel confuso por el destartado estudio, mientras la leña arde en el amplio hogar, tiñendo de rojo los cercanos muebles y los abocetados lienzos.

La hija, desde un rincón, absorta y curiosa, asiste al desfile de fantásticos seres que por allí pasan en inacabable procesión. Sus ojos no se apartan de la figura quebradiza y romántica del poeta, iluminada por el vacilante resplandor de la llama.

Vuelve a reinar el silencio; el fuego, falto de leña en que enredar sus mil lenguas voraces, se extingue poco a poco. Invaden las tinieblas los rincones, alumbrados antes por sangrienta claridad. Ya no se distinguen las figuras que empiezan a vivir en los lienzos. En los negros ojos de la mujercita brilla el último punto de luz...

El poeta se ha marchado. Hace un momento crujió la claveteada puerta del amplio portalón y

unos firmes pasos turbaron el silencio de la callejuela, perdiéndose en la noche. Ya sola en su estrecha alcoba, llenas las paredes de estampas místicas, la mujercita saca de su corpiño un pequeño cuaderno que durante muchas horas sintió el dulce calor de su regazo y los acelerados latidos de su corazón. Es un cuaderno de breves hojas. Versos. Pone en la primera página un beso largo... Y empieza a leer...

IV

Todas las tardes, el poeta con su álbum de dibujo debajo del brazo, envuelto en su amplia capa, va a San Juan de los Reyes, en cuyo melancólico claustro abandonado pasa horas y horas, dibujando unas, escribiendo otras, y soñando las demás.

Y todas las tardes, a la misma hora, en una ventana del barrio judío, una mano blanca, diminuta paloma prisionera, se agita un momento en el aire. Es la hija del viejo pintor, la pobre musa triste que envía su adiós al ensueño. El poeta la contesta con una larga mirada, caricia de sus ojos sombríos, agita también en el aire su pálida y afilada mano y cruza por el frío aire del otoño el cálido aliento de un suspiro.

Sin ninguno de los dos darse cuenta, sin poder explicarse cómo fué chispa que crece y es gigantesca hoguera, el amor nació en ellos.

En las largas veladas ante la roja chimenea del taller, en los paseos por las orillas del Tajo, contemplando desde la balaustrada del viejo puente el eterno devenir del agua rumorosa, surgió en sus pechos el infinito anhelo, la sed insaciable, la palabra nunca dicha, la íntima música sin ritmo ni armonía que encuentra en el silencio su más fiel intérprete.

Una tarde, al volver de pasco, cuando el alma de la vieja Toledo, bajo el conjuro de la sombra, recobra toda su grandeza y la voz de los siglos parece cantar en las estrechas rúas, el poeta reza al oído de la mujercita sus más bellas rimas, maravillosas flores de su jardín, interior que ella repite en la memoria, y que guarda, escritas en un pequeño cuaderno, sobre su corazón.

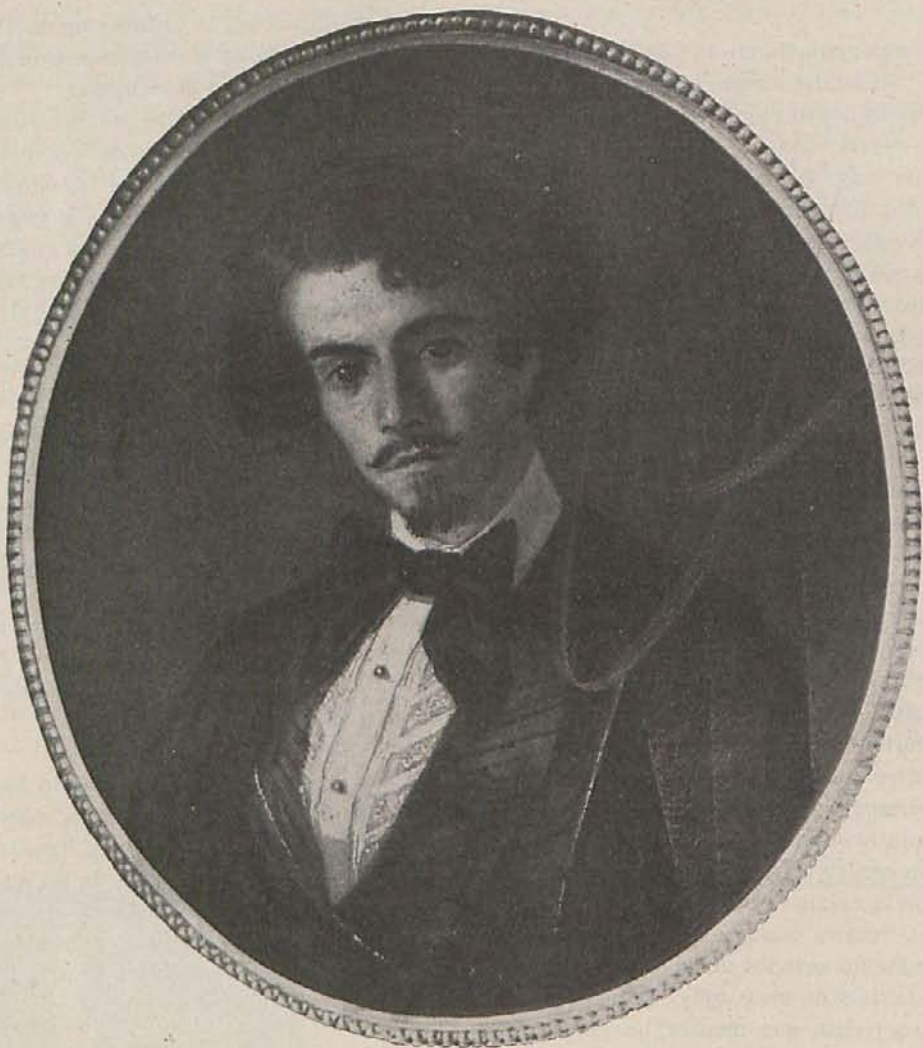
¿Qué es poesía?, le ha preguntado ingenua y apasionada. Y el poeta, contemplando la chispa de luz que arde en el fondo de sus maravillosas pupilas, le contesta: Poesía eres tú...

V

Buscando un bálsamo de olvido para una herida del alma, vino el poeta a la muerta ciudad, y ya la brisa de una nueva primavera le ha regalado con su caricia. Lejana, muy lejana, perdida en los rincones de su memoria, quedó la trágica noche, en la que, como pétalos de sangre, cayeron deshechas

todas las rosas de su ilusión. Pálido, vacilante, entró en la alcoba, «dejó la luz a un lado y al borde de la revuelta cama se sentó», llamó a la muerte, y la muerte, toda paz y silencio, poniendo la últi-

mismo. Toledo sería la inmensa tumba donde se sepultarían sus recuerdos, los secos pétalos de sus últimas ilusiones, y en el silencio de los viejos templos, en las estrechas calles desiertas, volvería



GUSTAVO ADOLFO BECQUER (Cuadro por su hermano Valeriano Bécquer)

ma esperanza en la helada caricia de su mano, en el beso infinito de sus labios sin sangre. Morir, extinguirse dulcemente como la débil bujía que lanzaba sus últimos resplandores, único testigo de su dolor, separa de su espíritu la mísera carne triste, la carne, pobre arcilla, semillero de podredumbre, modelada toscamente por el deseo y atormentada eternamente por él. Morir, dejar de ser una sombra y descifrar el enigma de la suprema interrogación. «Frío, impassible la mirada, inmóvil, clavada en la pared», pasó la noche, sentado en el revuelto lecho. Cuando su dolor empezó a tener una tregua de calma, reía la luz del sol en los balcones.

Y aquel mismo día, en un rincón de la desvenecijada diligencia, marchó a Toledo, huyendo de sí

a escuchar la voz del pasado, volvería a vivir—intensa vida del recuerdo—los días idos.

Mas cuando sólo escuchaba la voz de su propia tristeza, una música renovadora llegó a sus oídos. Toledo ya no es para el poeta la obscura sepultura, hasta ella llega un intenso rayo de sol.

Una mujer ha hecho el milagro. Lejana, muy lejana, quedó la noche en que llamó con voz suplicante a la muerte.

VI

Elisa, como la amada de Garcilaso, se llama la hija del viejo pintor. Su cuerpo, que se marchita en la tristeza del sombrío taller, entre lienzos de fúnebres tintas, es fino, esbelto, de armoniosas y clásicas líneas; sus ojos, amplios, negros, de largas

y rizadas pestañas, guardan en su fondo una extraña luz, luz que en vano quisieron recoger los sabios pinceles de su padre. Y el rostro, alargado, marfileño, de dulce y místico gesto, como las Virgenes que inmortalizaron en sus tablas los Primitivos.

Nació en una pequeña ciudad de Andalucía, en la que murió su madre siendo ella muy niña. Aún la recuerda en la negra caja, con las manos cruzadas sobre el pecho, como dos maravillosos lirios gemelos. Una nube de tristeza cubrió su hogar desde aquel día. El padre se tornó silencioso, huraño, empezó a cubrirse de plata su romántica melena de artista y se pasaba día y noche ante el lienzo, queriendo, inútilmente, evocar la figura de la muerta compañera. Un día guardó muebles y cuadros, dejó definitivamente el blanco pueblecito andaluz y se refugió en Toledo, buscando, como más tarde el poeta, un bálsamo de olvido para su alma atormentada constantemente por el recuerdo de la muerte. Allí le esperaba el visionario espíritu del Greco, disperso por la doliente ciudad, a la luz mortecina de los cirios en las viejas iglesias, en los oratorios de los conventos. Toledo, el Greco, los dos nombres simbolizaban un mismo anhelo; la austera ciudad y el pintor de las alargadas figuras, formaban un todo perfecto. Toledo necesitaba los lienzos oscuros, donde la fe se alarga, cual llama viva que, queriendo escalar otras más altas y luminosas regiones, en las que viven los grandes caballeros de sereno rostro y negras vestiduras que un día turbaron el silencio de sus angostas calles y que hoy son ceniza santa bajo las amplias losas de mármol, en la calma de sus iglesias.

¡El Greco! Su arte hasta entonces incapaz de interpretar todos los estados de su alma, impotente para recoger la luz de unos ojos, el pensamiento oculto tras una frente que medita, ha encontrado en los lienzos del pintor de Creta la clave de su propio ritmo. Por las noches, cuando a solas con el recuerdo de la muerta, pasea por la ciudad que duerme, bajo la plata de la luna ve pasar ante él un tropel confuso, como apagadas luces remotas, al cortejo de enjutos y pálidos caballeros, que entierran con sus piadosas manos el cuerpo exangüe del señor de Orgaz.

Y así fluía la vida de la virgencita morena y místico perfil que parecía arrancada de una tabla primitiva.

VII

Empieza a romperse el encanto. El poeta, cerrada ya la herida de su melancolía, seca la fuente de su íntimo dolor, necesita volver a Madrid, a la ciudad de sus horas de fiebre, donde la lucha por la vida le espera, la lucha sin tregua, en la que

poco a poco va dejando su fuerza, su ilusión. La nocturna tertulia en el rincón del viejo café, las apasionadas discusiones, el periódico que nutre sus apretadas columnas con el oro inagotable de su cerebro.

Aquella noche, la última que en Toledo pasa el poeta, la velada en el estudio se prolonga hasta las primeras horas de la madrugada.

Por la tarde ha estado en San Juan de los Reyes, soñando en el silencio del viejo claustro, hasta que la sombra penetraba por las amplias y caladas ojivas, cubriéndolo todo con su negro ropón. Al siguiente día, cuando en oriente aparezcan los primeros rayos de luz, dejará el poeta la ciudad silenciosa, llevando en el más recóndito de su pecho el perfume de una nueva ilusión... que no pudo ser realidad. La vida cerraba el camino de sus sueños con una barrera infranqueable.

La despedida ha sido triste. El pintor y el poeta confunden sus cuerpos en un largo y apretado abrazo, presintiendo el eterno adiós. ¿Acaso escuchan la inexorable voz del oculto destino que manda? La hija nada dice, es el silencio de su palabra más fiel; de sus ojos, como clara chispa de diamante, brota una lágrima. Y el poeta, cogiendo con sus temblorosas manos la negra flor de su cabecita, pone en la pálida frente, sepulcro ya de una ilusión, un largo beso.

A la mañana siguiente, cuando las campanas, todas las campanas, saludaban al nuevo día, graves y pausadas unas, alegres y ligeras otras, como clara risa sobre el polvo gris de los años, el poeta, en un rincón de la desvencijada diligencia, se despide de la vieja Toledo que se esfuma en el horizonte, destacando sobre el claro azul del cielo la oración petrificada de sus torres.

VIII

Las dos vidas se han separado. La ventana del angosto callejón de la Judería permanece cerrada, sin que asome entre los calados hierros de su reja una larga mano, como religioso exvoto de cera. Parece que es más denso el silencio de la ciudad muerta, más triste el otoño, más quejumbroso el lamento del río.

El pintor ha caído nuevamente en el abismo de su tristeza; el recuerdo de la muerta vuelve a obsesionarle, a perseguirle ahora con más intensidad, como si quisiese compensar los minutos del olvido, ante la amplia chimenea, alumbrados por el rojo resplandor de la llama. Por las noches siente en la frente la caricia de su mano helada y desde la obscuridad de su alcoba le expía la muerta luz de sus ojos fríos. Sólo encuentra un pequeño consuelo, perdiéndose en los más ocultos rincones de las vie-

las iglesias, escuchando la música pausada del órgano y el tenue rumor de las plegarias. La hija permanece en la casa días y días y únicamente los domingos y en las fiestas solemnes, cuando la ciudad se engalana y canta jubilosa la voz de bronce de los campanarios, va a la iglesia del cercano convento, donde oye la primera misa. El resto de las horas largas, horas iguales en la ruta de su dolor, permanece callada, inmutable, sin que nada turbe la grave serenidad de su rostro. Solamente, al llegar la noche, sola, en su pequeño cuarto, sin más testigos que los sencillos y místicos cromos que invaden las paredes, es cuando la mujercita se trasfigura. Llega la hora de su íntimo regocijo; su verdadera vida empieza entonces. El pequeño cuartito que guarda entre su pecho, está ahora entre sus afiladas manitas breves. La voz del poeta, la más pura voz del poeta habla ahora para ella. Cree sentir en su rostro, por el que rueda una lágrima, su cálido aliento. Y a la luz de la lámpara de aceite, lee las estrofas que escribió para ella, repite las palabras, las palabras que son sus únicas joyas, su más rico tesoro, áureo tesoro, como los primeros besos del sol.

IX

La vida del viejo pintor traza los últimos renglones sobre la blancura de la última página. Una invisible mano remota le arrastra hacia ignoradas

regiones, más allá de los límites en que se detiene nuestra eterna interrogación y la ignota ribera de la verinegra laguna que cruza el silencioso esquife de Caronte. Se han cerrado sus ojos que supieron llegar al fondo de las almas, para los que no tuvo secretos la vida. La vida que él supo eternizar en sus lienzos.

Cuando el sol apagaba en occidente su gigantesca luminaria, su vida se extinguió, sin que el más leve gesto turbase la serenidad de su rostro.

Quedó sola la hija, sin una mano amiga, sin una palabra de consuelo que llevase a su espíritu un átomo de fortaleza. La noche, la más negra noche, sin esperanzas de lejana aurora, la envolvía. La muerta era ella.

Y una tarde salió por última vez de la casa desierta, cuando manos profanas se llevaron los viejos muebles y los lienzos donde el padre imprimió la firme huella de su genio.

El mundo es ya para ella un ruido lejano y sin sentido, que confusamente llega a sus oídos; el eco de una canción olvidada. Dos gigantes brazos se abren ante ella; una voz que suena en lo más puro de su alma, la llama...

.....

Y con paso firme, la frente erguida, nivea azucena pensativa, atraviesa los umbrales de una nueva vida.

FERNANDO IGLESIAS FIGUEROA



BELLO GRUPO DE PORCELANA DEL RETIRO, DE LA COLECCION DE

DON PEDRO LOPEZ

PEZ, 15, Y PRADO, 3

MADRID

Y ALAMEDA, 25

SAN SEBASTIAN

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

I

Nació Gustavo Adolfo Bécquer en Sevilla el día 17 de febrero de 1836. El célebre torero Fuentes compró recientemente la casa—calle del Conde de Barajas, 26—, fijando en su fachada una lápida en memoria del poeta. Fué bautizado el día 25 en la iglesia de San Lorenzo. Sus padres, el pintor D. José Domínguez Bécquer y D.^a Joaquina Bastida y Vargas, fallecieron jóvenes, quedando Gustavo Adolfo y sus hermanos Valeriano, Estanislao, Ricardo, Alfredo, Eduardo, Jorge y José bajo la protección de un tío, D. Juan de Vargas. Este matriculó a Gustavo, que tenía nueve años, en el Colegio de pilotos de San Telmo. Allí compuso, en colaboración con su condiscípulo Narciso Campillo, un drama, calificado por éste de «espan- table y disparatado», que se tituló «Los conjura- dos», representándose en dicho Colegio, suprimido después por Real orden. Gustavo fué recogido por su madrina D.^a Manuela Monahay.

Aquella señora poseía excepcional cultura. La primera educación de Bécquer se la debió a su madrina—Hada madrina—, cuya biblioteca, selec- ta y rica, constituyó un rímero de tentaciones para el cerebro adolescente, que leyó entonces a Walter Scott, a Zorrilla y también a Rioja y a Fernando de Herrera. ¿Qué mejores reactivos para su alma de poeta? Presentía D.^a Manuela Monahay los sinsabores que reserva el Destino a los literatos, y con el fin de evitárselos a su ahijado querido, quiso dedicarle al Comercio. Gustavo no aceptó esta ruta. Aunque su anhelo era ser escritor antes que la contabilidad y el mostrador, prefirió la pintura —el arte, el oficio de su padre—, ingresando en los estudios de Cabral Bejarano, primero, y de su tío D. Joaquín Domínguez Bécquer, después. Pero más que dibujar, garrapateaba versos. Con otros muchachos—como Narciso Campillo y Julio Nombela—preparó un libro de poesías.

Gustavo, además, siguió leyendo, leyendo, fe- bril. ¿Qué otros libros cayeron en sus manos? Chateaubriand, Jorge Sand, Víctor Hugo, Musset, lord Byron, madame Stael, Lamartine, Balzac, Espronceda... Aprendió Gramática latina para sa- borear a Horacio en su propia lengua. Sólo conocía la traducción de los «Odas», hecha por el P. Urba- no Campos. Publicó Bécquer algunas poesías en el periódico infantil «La Aurora», que dirigía Don José María Nougues.

Madrid, sirena.—Dieciocho años y dieci- ocho duros

Con treinta duros que le dió su tío el pintor marchó Bécquer a Madrid. Gastados doce en la

galera acelerada, llegó a la villa y Corte teniendo dieciocho años; es decir, un tesoro de ilusiones en el corazón.

Creía que los editores se rifarían sus originales. Creía que las revistas y los diarios solicitarían sus versos. Pronto se convenció de lo contrario. Y pronto... desaparecieron las pesetas que trajo de Sevilla.

Casas de huéspedes.—«Los templos de España».—Empleado.—Cesante

Se alojó al principio en una modestísima casa de huéspedes de la calle de Hortaleza. «Entré en el cuarto—escribe Nombela—, que era muy redu- cido y sin más luz que la que penetraba por una ventana que daba a un estrecho patio. Un catre con un colchón, una mesa cubierta con un tapete muy deteriorado, una palangana de peltre sobre un pie de hierro, un jarro de agua al lado de un cubo, los dos de zinc, y dos sillas de Victoria, componían, con un baúl que había traído el huésped, el ajuar de aquel modesto cuarto de estudiante. Una de las sillas reemplazaba a la ausente mesa de noche y sobre ella estaba aún una palmatoria de metal blanco, con un cabo de bujía que había alumbrado la noche anterior al que llegaba a la villa y Corte pobre de dinero, pero rico de ensueños y esperan- zas».

¡Pagaba seis reales diarios por cama y comida!

Bécquer expuso a Julio Nombela el proyecto de su obra «Los templos de España». Comenzó a pu- blicarse años después, en 1857, dirigida por Béc- quer y un Sr. Vizcaino, bajo los auspicios de los reyes. El tomo primero está consagrado a Toledo y continúa una reseña histórica de la sede toledana y una descripción de la catedral por Don Manuel de Assa, y de los demás templos toledanos por Béc- quer.

Gustavo entabló amistad con Luis García Luna, quien le sacó de la referida casa de huéspedes para llevarlo a la de D.^a Soledad—calle de la Paz—, donde vivía el mismo Luna. Un dato reve- lador de la generosa, maternal actitud de aquella señora: Gustavo Adolfo entró en su casa «sin dinero», y así vivió allí dos meses. Fíjese el lector, una mujer en Sevilla—su madrina—ampara a Bécquer en su orfandad. Otra mujer en Madrid le protege en los umbrales de la desilusión. ¿Es que el alma del poeta cautivaba desde el primer mo- mento a las mujeres? Del hogar de D.^a Soledad pasó al de Federico Alcega—calle de Atocha—, cuya familia lo recibió con el mayor cariño.

Bécquer necesitaba vivir, necesitaba comer.

Pudo hacerlo gracias a un destino de 3.000 reales al año, fuera de plantilla, en la Dirección de Bienes Nacionales, del que quedó al poco tiempo cesante.

Frecuentaba Gustavo el café de los Angeles, cerca de la Corredera.

Periodista.—«El Mundo».—«El Porvenir».—«La España Artística y Literaria».—Su hermano Valeriano

Javier Márquez fundó «El Mundo», del que sólo aparecieron un par de números. En sus columnas escribió Bécquer sus primeros artículos. No cobró nada. Fué redactor de «El Porvenir». Fundó con otros una revista, «La España Artística y Literaria».

Llegó a Madrid su hermano Valeriano.

Bécquer, enfermo.—La «Musa» de las «Rimas». ¿Era otra?—«El Contemporáneo».—En el Monasterio de Veruela

En junio de 1858 Gustavo Adolfo cayó enfermo. Pasó dos meses en cama en la calle de la Visitación (hoy de Fernández y González), número 8. Le atendieron su hermano Valeriano, Nombela, García Luna, Alcega y Díaz Cendrera. En la convalecencia los médicos le aconsejaron que paseara. Entonces vió a Julia Espín—la «musa» de sus «Rimas»—, hija del compositor D. Joaquín Espín. Estaba asomada al balcón de su casa, en la calle del Perro. No quiso ser presentado a ella. A la vuelta de varios años, estando Julia casada, se hablaron. ¿Para qué ya? La primera conversación fué la última.

El Sr. Iglesias Figueroa desmiente que Julia Espín fuera la «Musa» de las «Rimas». Desempolva unas cartas olvidadas de Bécquer a Rodríguez Correa y de éste a Fernández-Espino, y resulta que otra mujer preocupaba, hasta la obsesión, a Gustavo. Dice así el poeta en la primera, fechada en Toledo, en diciembre de 1859:

«Nuevamente estoy en esta vieja ciudad de la calma, dedicado a descifrar el jeroglífico de sus piedras milenarias, y al mismo tiempo buscando un poco de reposo y un mucho de olvido para mi espíritu. Esteban Guillén y su hija Elisa me despidieron en el mismo coche, y antes estuve con ella en el sitio de todos los días. Cada vez siento más fuerte las ligaduras que acabarán de dejar completamente indefensa mi libertad. Si tú supieras algo durante mi corta temporada de retiro, me lo comunicas enseguida.»

En otra fechada en Soria en marzo de 1861, y también dirigida a Rodríguez Correa, dice: «Mañana emprendemos el camino de Veruela. ¡Ojalá

el viejo monasterio me dé la calma y la resignación que necesito, pues mi alma es sólo un pobre guiñapo insensible, dormido, que me pesa como un fardo inútil que la fatalidad tiró sobre mis hombros y con el cual me obliga a caminar como nuevo judío errante. En el amplio hogar de la cocina me entretuve anoche en quemar todas las cartas, únicos recuerdos, reliquias mejor dicho, que me quedaban de mi vida de ayer, de las horas que nunca volverán. Al enroscarse a los rotos pliegos la llama parecía su mano, una mano amarilla, de muerte, que se burlaba de mí, haciendo signos incomprensibles; aquella mano, que hoy estará prisionera entre otras... No quiero pensar nada, sentir nada.»

De la última carta, sin fecha, de Rodríguez Correa a Fernández-Espín:

«En Fitero vi a Gustavo Bécquer, que estaba acompañado de su mujer. Ya parece que va olvidando un poco, un poco solamente, la historia de Elisa Guillén, que tan fatal fué para nuestro amigo y que tan cruelmente con él se portó. He tenido una gran alegría al verle más calmado y sin aquel aire fúnebre de paso de Semana Santa en la madrugada del viernes. Créete que al principio, cuando se enteró de toda la verdad, nos dió miedo a todos los que estábamos a su lado. Su mujer parece inteligente y sencilla; creo que es hija de un notario de Soria, y espero que se entenderán bien. Quiera Dios que haga el milagro de curarle por completo del mal recuerdo.»

A juicio de Fernando Iglesias Figueroa, Elisa Guillén fué la «Musa» de las «Rimas».

Otra tercera «musa» posible, probable.

¿Quién fué la irlandesa, o «la rubiana», como llamaba una patrona de Bécquer a una mujer que solía acompañar al poeta?

Su compañero de hospedaje, D. Hermenegildo Giner de los Ríos, alude a ella, y agrega textualmente:

«Alguien, sin embargo, no sabemos con qué fundamento, aseguraba que las más delicadas poesías del vate, los melancólicos acentos pesimistas de sus rimas, impregnadas de lágrimas, estaban inspiradas por aquella personilla que mirábamos con indiferencia.»

Era una mujer insignificante; ni bonita ni fea, ni inteligente ni vulgar, ni elegante ni descuidada, más bien negligente; poseía rica cabellera dorado-cobriza.

En 1860 ingresó en la Redacción de «El Contemporáneo», de D. José Luis Albareda. Valeriano Bécquer trabajó como dibujante en el mismo periódico. Los dos hermanos realizaron excursiones—algunas largas estancias hasta de un año—al Monasterio de Veruela. Entonces aparecieron las maravillosas crónicas de Gustavo Adolfo Bécquer, tituladas «Cartas desde mi celda», escritas en dicho

Monasterio. También hacían viajes breves y frecuentes a Toledo.

D. Luis González Bravo nombró a Bécquer fiscal de novelas, con 12, 30 o 40.000 reales de sueldo.

«El Parsanillo».—El Suizo.—«El Museo Universal».—Las «Rimas».—Bécquer se casa.—«La Ilustración de Madrid»

Bécquer asistió a las famosas tertulias literarias «El Parsanillo» en el café del Príncipe y del café Suizo.

Escribió en el «Museo Universal» desde el año 1861 notabilísimos artículos y algunas de sus «Rimas».

El día 19 de mayo de 1861 se casó Gustavo Adolfo Bécquer con D.^a Casta Esteban y Navarro, una señorita de veintitrés a veinticuatro años—Bécquer tenía veinticinco—agraciada, sin ser extraordinaria belleza, natural de Noviercas (Soria).

Pasaban los hermanos Bécquer con sus esposas una temporada en este pueblo, y parece ser que Casta fué infiel al poeta. Gustavo y su mujer riñeron. Un día entró ella en la casa de él, con intento de llevarse uno de los hijos del matrimonio, sin que el poeta lo consintiera.

Los dos hermanos decidieron marchar a la capital. Fueron advertidos de que al salir del pueblo iban a ser víctimas de una agresión, como venganza de haber dejado Gustavo a su mujer. Los Bécquer pidieron a Madrid o Soria unos pistolones—que se usaban mucho—y además ordenaron al conductor del carro que iba a llevarse la variación del itinerario.

Vivieron algún tiempo en Soria. Desde Soria fueron a Toledo, donde se presentó Casta, reanudando la vida conyugal con el poeta.

Y desde Toledo a Madrid, ocupando un hotelito en las Ventas (hoy Sanatorio de los Evangélicos) a la derecha del puente del Espíritu Santo. Poseían viviendas semejantes los amigos de los Bécquer D. Francisco Laiglesia (últimamente y hasta que falleció director del Banco Hipotecario), casado con una hermana del Sr. Gutiérrez Gamero (que trata de ello en su libro «Mis primeros ochenta años»); Augusto Ferraz y el Sr. Satorras, ex cónsul de Venezuela.

En 1868 la Revolución suprimió la fiscalía de las novelas. Dirigió el poeta—breve tiempo—«La Ilustración de Madrid», fundada en 1870 por Gasset y Artime, en competencia con la «Ilustración Española y Americana».

Gustavo A. Bécquer tuvo dos hijos legítimos y uno natural; éste murió de dos o tres años en Madrid. Aquéllos fueron Gustavo, que falleció en Madrid también a los veinticuatro o veinticinco

años, y Jorge, muerto después en la guerra de Cuba.

¿Quién fué el «pollo Bécquer»? ¿Fué éste último?

«Recordamos haber examinado con emoción—escribieron en 1901 los Sres. Bernardo de Quirós y Llanas Aguilaniedo en «La mala vida en Madrid»—la ficha de uno de los más perversos habituales del mundo criminal madrileño, hijo de un poeta de alma grande y sensibilidad extraordinaria que, con sus rimas, ha hecho latir los corazones de los que aman.»

Una descendiente de Valeriano Bécquer nos dijo hace años que el «pollo Bécquer» no fué, en realidad, hijo del poeta, sino del pintor. ¿Quién puede saberlo? Su sobrenombre lo adquirió, no como delincuente, sino como tipo popular, siempre vestido a la moda. Estuvo colocado en el Ministerio de Fomento por Albareda; pero quedó cesante. Era un vago, tenorio de profesión, que pronto traspasó los linderos de la delincuencia.

La viuda de Gustavo se dedicó a pedir socorros, invocando la memoria del poeta, y no sólo en España, sino en París. Escribió y publicó el libro «Mi primer ensayo» (1884). El 22 de mayo del año 1885 ingresó en el Hospital General (sala 13, cama 3), falleció el día 30 del mismo mes. Casta Esteban y Navarro, está sepultada en el cementerio de Santa María.

Muere Valeriano Bécquer.—Muere Gustavo

Valeriano Bécquer murió el 23 de septiembre del año 1870, produciendo impresión enorme en el poeta. En diciembre del mismo año cayó éste gravemente enfermo, falleciendo a las diez de la mañana del día 22 en la casa que habitaba, calle de Claudio Coello, 7 (hoy 23). Murió en brazos de su gran amigo Ramón Rodríguez Correa, exclamando: «¡Todo mortal!»

¿De qué dolencia abandonó el poeta la tierra? Se diagnosticó pulmonía; otros hablaron de hepatitis, de pericarditis...

Después de la muerte.—Publicación de las obras de Bécquer

La prensa no dedicó mucho espacio a la muerte del poeta. Unas líneas en «La Epoca» y en «La Opinión Nacional»... Un suelto en «Gil Blas», en «La Ilustración Española y Americana»... «La Correspondencia de España», ni siquiera dió la noticia.

Únicamente «La Ilustración de Madrid» publicó una información amplia y el retrato de Gustavo Adolfo muerto, original de Casado del Alisal.

Fuó enterrado en el cementerio de San Lorenzo.

El día 24 del mismo mes se reunieron en el estudio del citado pintor Casado del Alisal (Plaza del Progreso, 9), los amigos del poeta, acordando publicar sus obras por suscripción pública.

Asistió a aquella reunión el que era ministro de Estado, D. Manuel Silvela.

II

En un trabajo de este carácter, exclusivamente vulgarizador, sería extemporáneo todo propósito crítico. Un escritor delicado y erudito ha publicado ya un notable estudio acerca de la personalidad literaria de Gustavo. Nos referimos a D. Herminio Madinaveitia y a su precioso librito «Bécquer», precedido de su artículo «Heine y Bécquer».

Bécquer fué un romántico, porque contempló y expresó el mundo exterior a través del prisma de su hiperestesia; nadie puede negarle esta condición, reconocida exclusiva, por la apreciación del vulgo.

¿Qué decir sobre el presentido influjo de Heine en Bécquer, hasta el extremo de que cuajando en un tópico se designa al poeta de las «Rimas» el «Heine Español»? También entre paréntesis, se le ha llamado—señala el Sr. Madinaveitia—el Alfredo de Musset español. Se han publicado a dos columnas composiciones de Enrique Heine y de Gustavo, para que se descubriera su semejanza. Y, ¿cómo negar que Bécquer, aunque no sabía alemán conocía algunas poesías de Heine por las traducciones de Eulogio Florentino Sanz, las «Lieders»—de Mariano Gil Sanz—el «Intermezzo»? Sin embargo, alienta en las «Rimas» una ternura, una infinita tristeza conmovedoras; palpita en ellas algo tan íntimo, tan profundo, tan exactamente sentido y expuesto, que el lector, cualquier lector se identifica con el autor, que ha sentido reflejar en esos versos—sencillos o sublimes—sus propios estados de ánimos, los estados de ánimos de todo el mundo. Heine es un genio, así: pero más escéptico, envenenado de humorismo. Apenas asoma éste en algún impar poesía becqueriana. Heine es el Júpiter que lanza rayos destructores; iconoclasta, sin fe ni esperanzas; pero todo tiene una cruel burla: otras veces solloza desesperado... Hasta blasfema. Bécquer es más dulce.

Además hubiera cantado igual de no existir Heine o de no conocer su existencia.

Refiriéndose a esta cuestión escribe Cejador en su «Historia de la Lengua y Literatura Castellana» (1918), «que Bécquer nació con un temperamento lírico (como Heine y Musset), en la época más lírica y musical que ha conocido la historia».

Estamos conformes con Julio Burell. Bécquer y Heine sólo se parecen en la brevedad con que desarrollan los temas poéticos. En este esquema no puede faltar una referencia de las opiniones del señor Icaza sobre la directa filiación germánica de Gustavo. Su abuela paterna era alemana.

Las «Rimas» son el más romántico breviario de amor que se ha compuesto. A modo de un íntimo diario lírico, Gustavo dejó entre sus versos huellas de emociones, anhelos, esperanzas, melancolía. Las lágrimas del amor artista al cristalizar en estrofas cobraron dignidad y decoro tales que hasta están envueltas en un velo de serenidad. ¡Y con qué acierto tan feliz labra, esculpe, pule el castellano! Lo que escribe Bécquer es impecable, cabal, perfecto, sin ser labor depurada, macerada, de orfebre. Las poesías se caracterizan por la espontaneidad que se acompaña de la concisión. Y las palabras que emplean son las de uso ordinario, las de todos los días, al alcance mental de los soberbios y humildes. Bécquer es el instinto poético en el fondo, y en la forma el rayo de luz. Canta de dentro a fuera, porque sí—como el ruiseñor—y su voz es entendida por todos. Contemplamos las «Rimas» y vemos en ellas nuestros sentimientos como en un claro espejo. Esta es la originalidad de Bécquer.

Bécquer, como dice D. Juan Varela, creó una escuela.

¿Y las leyendas? No se ha logrado hasta hoy prosa más poética que la prosa becqueriana. Sus artículos—narraciones, cartas, impresiones, etcétera—hacen sentir y pensar al mismo tiempo, porque son piezas literarias de indiscutible ejemplaridad, verdaderos modelos y profundos estudios de psicología, observación y reflexión. Los genealogistas del arte, ante las leyendas becquerianas hablan de Hoffmann...

¡Lástima inmensa que Gustavo Adolfo muriera tan joven! ¡Asombra pensar en su labor si la cantidad hubiese correspondido a la calidad!

ALBERTO DE SEGOVIA

BÉCQUER

En Sevilla, tierra de poesía y de poetas, nació un poeta cuya alma tenía la claridad y la delicadeza de un rosado crepúsculo sevillano.

Poeta todo ensueño y bondad, todo amor y ternura, todo luz divina en la sutileza, de cuya pluma lo inefable dejó de serlo. Poeta que sintió en su espíritu ansias tan puras e ideales, que le impulsaron a escribir ingenuamente:

«En el mar de la duda en que bogo,
ni aún sé lo que creo;
sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro...»

Poeta que comenzó sus cantos con el de

«...un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora»,

y cuyo vivir fué tan tormentoso y dolorido, que acabó sus gloriosas rimas con este anhelo de quietud y reposo eterno:

«¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte,
qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!»

¡Bécquer! ¡Divino Bécquer! ¿En qué corazón de veinte años no se te ha levantado un altar? ¿Quién no aprendió en tí que cuando pasa el amor en torno nuestro con sus alas de rosas,

«los invisibles átomos del aire
en derredor palpita y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada...?»

¿Quién no creyó en Dios cuando halló en la vida y acertó a mirarlo aquella mujer a quien se adora

«mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar?»

¿Quién, al rondar de noche, febril y enamorado, las musgosas paredes que guardan a una divina mujer, perdida para el amor de los hombres y consagrada al amor de Dios, no oyó

«...la esquila que al mediar la noche
a los maitines llama»,

y no sintió en lo íntimo de su ser una voz callada que le decía:

«el umbral de esta puerta
sólo Dios la traspasa?»

Este poeta, legítimo orgullo de Sevilla, alma de lo más puro y bello del alma sevillana, cantó con desoladora melancolía la triste soledad en que los

muertos quedan. El viajero que le conoce y lo ama, llega a esta legendaria ciudad, en cuyas calles morunas, tortuosas y estrechas, aún se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del justiciero, y busca en Santa Inés el coro misterioso y celeste del órgano de Maese Pérez; y va a la venta de los Gatos, por si aún en torno de ella flota el espíritu de la mocita, linda como la Virgen de Consolación, que se agostó encerrada en un palacio de oro, porque como flor de campo, había nacido para el sol y el aire libre; y allá balcones llenos de rosas y claveles, como aquel a cuyos cristales tocaban con sus alas las golondrinas, y tapias de jardines cubiertas de madreselvas y campanillas azules, como aquellas también cuyas gotas de rocío eran lágrimas del día para el poeta.

Nada hay más triste como el olvido, ni hay nada más noble y consolador que el recuerdo. Nada honra tanto a un pueblo, nada lo enaltece como el culto de sus glorias queridas, y de entre ellas, las de sus artistas, las de sus poetas, eternos cultivadores del espíritu, elegidos de Dios. Cuerpo y alma como los hombres, tienen los pueblos, y es empeño suicida e inhumano el pretender que se anule y ahogue el alma en progreso material. Cuerpo y alma tiene Sevilla. Atienda a su cuerpo hermoso de mujer quienes sean capaces de infundirle más vigor, más salud y más vida. Atendamos a su alma los enamorados de lo ideal. Unos y otros sabemos bien que la vida cabal es la del cuerpo y el espíritu, en consorcio dichoso, y que al faltar la vida del alma, el cuerpo yerto es fuerza sepultarlo por inútil.

Simbolizamos en este sueño nuestro de perpetuar la memoria de Bécquer en Sevilla esta ansia de ideal y cultura que debe ser aspiración eterna de los hombres, levantando en un rincón del parque sevillano, entre rosas y naranjales, el primoroso monumento. Y así, el recuerdo de esta Patria, Fe y Amor, irá unido en la mente y en el corazón de todos vosotros y de todos los sevillanos a aquella obra de justicia, de veneración y cariño.

Y así también, cuando nuestros ojos se detengan a leer en el tierno libro de los rimas aquellos sollozos desesperados que concluye:

«de que pasé por el mundo
¿quién se acordará?»

podernos contestar todos con algo más que con un suspiro doliente; podremos contestar, satisfechos nuestros corazones: «Nosotros».

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

España en Trento

(CONTINUACIÓN)

V

El Concilio

No era de los tiempos de Lutero precisamente la idea de una gran reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros. Tiene sus antecedentes en días más remotos. Ya desde el siglo XIII, los buenos católicos empezaban a sentir la necesidad de una fuerte disciplina que acabara con todos los abusos y así lo proclamaban. El Pobrecillo de Asís, al entonar cánticos a la santa pobreza y acogerse a ella para salvar su alma y la de sus hermanos, no hacía otra cosa que poner un jalón en aquella necesaria restauración de todas las cosas en Cristo.

Hasta el siglo XVI, empero, no se acometió por todos con decisión y energía la tan ansiada reforma. Tuvo que sentirse la Iglesia conmovida hasta en sus instituciones más fundamentales para convencer a los más remisos de la magnitud del peligro. Cincuenta años antes se hubiera salvado todo, se hubiera extirpado el abuso en sus comienzos, se habría ahogado la herejía en su nacimiento mismo, se habría evitado aquella gran división en la conciencia católica.

Es verdad que existieron algunos laudables intentos para llegar a la ansiada reforma. Pero Constanza y Basilea no representaron, al fin, más que un puñado de buenas intenciones echadas sobre un terreno poco propicio para su prendimiento.

Al despertar el 1500 bajaba al sepulcro Alejandro VI, que, según algún escritor, con su muerte llenó de júbilo a toda la Cristiandad. No vamos a detenernos en el examen de la conducta de este Papa, ya con exceso traída y llevada por los libelistas de todos los tiempos. Pero no cabe duda de que su disolución y olvido de las cosas de la Iglesia preparó y abrió más y más el camino franco hacia la gran división.

La Cristiandad tuvo que contentarse con la buena voluntad de los Papas sucesores de Alejandro, más que con hechos reales. Todos

veían la necesidad de atajar el mal, y hablaban de ello, pero ninguno tomaba sobre sí tan molesta tarea. Acaso la experiencia reciente de lo sucedido en Pisa y Basilea restaran ánimos a los más decididos.

Hubo un hombre de buena voluntad: Adriano VI, pero su breve pontificado no le permitió plasmar en hechos lo que era deseo de todos (1).

Julio II, su antecesor, tuvo bastante con cristianizar la corriente renacentista y neopagana. El Renacimiento, como toda obra humana, tuvo su parte no sólo buena, sino sublime y grandiosa, pero tuvo también una no pequeña porción de escepticismo y materialismo sórdido. Julio II fué, entre todos, un decidido protector de las Artes. Nunca han podido juntarse en la historia de una nación tres nombres como los de Brabante, Miguel Angel y Rafael. Julio II era tan artista como ellos o más que ellos. Aprovechó este resurgimiento de las bellas artes para glorificar los símbolos del cristianismo y ahí está esa gran cúpula que cobija a todos los cristianos del orbe como prueba de su altísima confección del arte.

Literatos y artistas encontraban protector y apoyo en el Papa del Renacimiento que había hecho de Roma el emporio del saber. Sin embargo, a pesar de tanta magnificencia, cuando la historia del Arte y de la Literatura escribían sus mejores páginas, la de la Iglesia apenas si tenía otras que las de desdén o a lo menos de olvido.

Y mientras tanto la rebeldía había prendido en Alemania. La rebeldía primero, luego el cisma. Y con el cisma había surgido no ya una nueva religión, no un nuevo credo, sino una nueva política y una nueva, al fin, civilización. Malos días se avecinaban para los buenos católicos.

Toda la cristiandad lloraba con lágrimas

(1) Adriano de Utrech, más tarde Adriano VI, fué Obispo de Tortosa cuando fué llamado a ocupar la Silla de los Papas. Había sido tutor de Carlos V y Virrey interino de España. Todos los historiadores coinciden al apreciar a este Papa como a un hombre lleno de santidad y doctrina.

de sangre la desidia con que se presenciaban los ataques a la religión, la burla sangrienta al Pontificado, el escarnio de las cosas santas... El Emperador no cesaba de instar una y otra vez al Papa para que convocase con la urgencia que el caso pedía un Concilio general que corrigiera tantos abusos y fijara las normas para el futuro.

Pero ni la gravedad del mal, ni las continuas súplicas de Carlos hacían mella alguna en el ánimo de Clemente. Entregado por completo al engrandecimiento de su casa.

Los acontecimientos se precipitan al ocupar este Papa la Silla de San Pedro. Es imposible comprender la conducta de Clemente VII. Intachable en su vida privada, recto, de gran inteligencia, al decir de sus historiadores, no tenía otra pasión que procurar todo el bien posible para sus familiares. Es evidente que se ocupó muy poco de las cosas de la Iglesia, a la que sirvió más bien en la conservación y aumento de sus Estados que en su misión espiritual. Débil de carácter, ya se inclinaba al lado del Rey de Francia, ya al del Emperador. Naturalmente, tal política no podía tener buenos resultados. En efecto, el 24 de febrero de 1525 lograban las armas del Emperador el triunfo más grande y rotundo que viera el siglo XVI. Vencedor de Italia y de Francia, dueño de Francisco I, pudo agregar a sus ya extensos dominios los del Rey de Francia y acabar de una vez con las perpetuas contiendas en Italia. Concertó, sin embargo, un tratado de paz con Francisco I, devolviéndole a los franceses. El Papa dirigió entonces su vista a Carlos V como antes la había puesto en su hermano, y, temeroso de su enorme poderío, le pidió la paz. Mas pronto la intriga fué mirando lo hecho con tan feliz éxito y reavivaron en los ánimos del Emperador y del Papa las viejas rencillas. Ninguno se fiaba del otro. Lo pactado no tenía más fuerza que la que ellos quisieran darle. Eran los tiempos de Savonarola y Maquiavelo.

Poco después Clemente VII rompía lo pactado y se aliaba con los enemigos del Emperador, que, en definitiva, eran los enemigos de la causa del catolicismo o por lo menos eran indiferentes en cuanto a la lucha contra los luteranos, con el exclusivo objeto de mermar el poderío español en Italia que comprometía la independencia de los Estados Ponti-

ficios o los intereses de la casa de Florencia. La nueva liga estaba formada por Inglaterra, Francia, los Estados Pontificios y los de Milán, Florencia y Venecia. Este acto tuvo consecuencias incalculables para la religión, pues viéndose el Emperador desasistido de los que tantas veces habían prometido su concurso para ir juntos contra los luteranos, sólo cuidaba en precaverse contra tantos enemigos. El Emperador lamentaba tan angustiosa situación y a buen seguro hubiera suprimido el poder temporal del Papa que tanto le hacía olvidar las cosas de la Iglesia de no tener en contra, si tal hiciera, a todos los católicos y aun a la misma Inquisición que le hubiera juzgado como a un malhechor.

Entre tanto las tropas imperiales, a las órdenes de Borbón, invadían la capital del orbe cristiano. Los nuevos bárbaros del norte habían caído sobre la Ciudad Eterna y cometían en ella toda clase de crímenes. Roma fué horriblemente devastada, saqueada e incendiada y el mismo Papa hecho prisionero en su Castillo de Sant Angelo.

El Emperador se dolió de lo sucedido, pero se valió de la preeminencia que las circunstancias le habían otorgado sobre el Papa, para obtener de éste la promesa de convocar inmediatamente un Concilio.

Veyre, negociador de la paz entre el Emperador y el Papa y en nombre de aquél le ofrece la libertad y su apoyo a condición de que, inmediatamente, sin dejar transcurrir un día más, convocara el Concilio para atajar los estragos de la Reforma.

Mucho se ha culpado a Carlos como causante o al menos consentidor del saco de Roma. Es verdad que el Emperador no tenía ni poca ni mucha estima del Pontífice. Le creía cobarde, por no atajar inmediatamente el curso de la Reforma y juzgaba como castigo divino el saqueo y devastación de la Ciudad Eterna, pero también es verdad que en él no hubo otra responsabilidad que la de tener al frente de sus tropas a un hombre de ningún escrúpulo. No hay que olvidar tampoco que Clemente VIII, al aliarse contra el Emperador como soberano temporal, debía resignarse con la suerte que le cupiera, que en esta ocasión, ya hemos visto, no le fué propicia.

Con el saqueo de Roma perecieron las artes, la vida literaria, la de ensueño y de

placer. Erasmo lamentaba, planía más bien, tanta desgracia; los poetas, músicos y pintores entonaban tiernas endechas a la madre del Arte. Pero ese canto no era el viril de un guerrero, era más bien la melancolía de una doncella. Lo que el humanismo perdió con la devastación de Roma, lo ganaron la moralidad, la disciplina y las buenas costumbres.

Clemente VII prometió al Emperador la rápida reunión del Concilio. Carlos, por su parte, devolvió al Papa los Estados Pontificios, se comprometió a restaurar algo del antiguo poderío de los Médicis y, por si fuera poco, le ofreció la mano de su hija Margarita para un sobrino del Papa. A vista de esto, Clemente prometió coronarle Emperador, lo que se verificó con gran solemnidad en Bolonia el 24 de febrero de 1530, cuando Carlos V tenía, por tanto, treinta años de edad.

Al llegar a este punto, haciendo una pequeña digresión, queremos dar una ligera idea de este Imperio, del que Carlos acaba de ser coronado soberano.

Keyserling ha llamado al Sacro Imperio Romano la «idea supranacional europea». Este Sacro Imperio era creación de los católicos, quienes al ver en el dominio temporal ejercido por los Reyes el sello divino, otorgaban a éstos toda sumisión y vasallaje. El Papa ejercía un dominio espiritual, el Emperador, temporal, pero de tal forma, que en los asuntos que no eran puramente internos o de conciencia, podía el Emperador intervenir, y de hecho lo hacía.

Sobre las ruinas del Imperio de los césares de Roma, nacía el Imperio del Occidente, el Sacro Imperio Romano, cuyo primer soberano fué Carlomagno y antes de Carlos V ostentaba este título su abuelo Maximiliano I. Este dictado lo concedía el Papa, quien coronaba al Emperador electo. Sin la consagración pontificia no existía tal Emperador, por donde era no sólo un poder exclusivamente temporal, sino que le confería un carácter espiritual en cierto modo, ya que desde entonces quedaba obligado a defender a la Iglesia y vigilar por la religión y buenas costumbres en sus Estados.

En el momento en que presentamos a Carlos, dos Reyes, el de Inglaterra y el de Francia, disputan a éste tan preciada soberanía. Ninguno de los dos escatiman esfuerzos

por obtenerla. Pero no hay más que una corona y esa es para Carlos, y ya hemos dicho cómo en febrero de 1530 la recibía de manos de Clemente VII, arregladas ya con éste algunas diferencias.

* * *

Con la promesa formal del Papa de acelerar lo del Concilio, marchó el Emperador, después de su coronación, a Alemania, desde donde escribió en el mes de julio a Clemente dándole sus impresiones sobre cosas de religión y progresos del protestantismo, insistiendo otra vez en la necesidad de reunir el Concilio cuanto antes. Otra vez el Papa vuelve a prometerle la celebración de un Concilio, pero siempre que los luteranos se sometieran a las decisiones de éste. Señalaba las ciudades de Roma, Bolonia, Piacenza y Mantua como las más a propósito para la reunión de dicha Asamblea.

Pero el Emperador, deseoso de ganar tiempo y arrebatar la victoria a los secuaces de Lutero, unos días antes de su coronación en Bolonia, el 21 de enero promulgó la convocatoria para la Dieta del Imperio, que debía reunirse en Augsburgo. Fué enviada a todos sus Estados de Alemania y en ella prometía escuchar a los disidentes. El Emperador, que asistiría personalmente a la Dieta, procuraría aunar las voluntades y zanjar las diferencias que surgieran. En caso de no haber un acuerdo apelarian a un Concilio Universal.

Desde la promulgación del edicto para la Dieta de Augsburgo no cesaron de trabajar los dos partidos contendientes. El Dr. Eck preparó rápidamente un tratado contra la Reforma luterana, que fué publicado antes de la llegada del Emperador.

Los protestantes no perdían el tiempo, y así Melanchthon redactó un documento en el que, sin nombrar para nada a Lutero (a pesar de que estaba hecho de común acuerdo) ni la nueva religión y con el pretendido deseo de corregir ciertos abusos y volver al cristianismo primitivo, exponía solapadamente su intención. El documento, llamado Confesión de Augsburgo, se decía inspirado por los príncipes, en cuyo nombre habla, y no por los teólogos. Más tarde esta Confesión llegó a ser el credo de la nueva doctrina.

Al abrirse la Dieta, Baier, canciller de Sajonia, leyó ante el Emperador la famosa

Confesión. Nadie, a primera vista, encontró nada delictivo en los veintiocho artículos de que constaba. El Emperador encargó a varios teólogos el examen detenido del documento y la réplica, si fuera menester, de su contenido. Los teólogos, conocedores ya de lo que se trataba y de que en el referido documento se callaba más de lo que se decía, redactaron una magnífica refutación. El Emperador creyó ver en ella más que un razonamiento valiente, pero sincero y veraz, odio y mordacidad, por lo que mandó reformarlo, y de esta manera fué leída al mismo tiempo que el Emperador aconsejaba a los disidentes a volver al redil de la Iglesia.

En caso contrario él, como Tutor y Defensor de la Iglesia, los trataría como a infieles y, por tanto, enemigos del Imperio.

Carlos quería a todo trance evitar la violencia, y así unas veces les aconsejaba como padre, otras les amenazaba como Emperador, pero creyendo siempre que de una u otra forma sacaría algún bien de ellos.

Pero mientras tanto... mientras tanto Lutero, que nunca creyó salir tan bien parado de semejante empresa, engreído por el triunfo, escribía al elector de Sajonia, su gran amigo y protector, dándole cuenta de sus éxitos, asegurándose no sé cuántos más para el futuro, porque «confía en Dios, por quien lucha, a cuya causa sirve...» El cisma había ganado la partida, los príncipes se adherían a la Confesión y al mismo tiempo se unían entre sí para la salvaguardia del nuevo credo. En ello les iba gran parte de su fortuna, pues que se habían enriquecido a costa de los bienes de las iglesias, que Lutero, para congraciarse con ellos, había declarado ser propiedad de los príncipes.

El Emperador no pudo más y se declaró abiertamente en contra de los protestantes, prohibiéndola severamente en sus Estados y declaró vigente el Edicto de Worms, mientras el Concilio no se reunía. Señaló el plazo de un año para reintegrarse al seno de la Iglesia. Lutero sabía ya a qué atenerse. Engreído por el favor de los príncipes, ni por un momento pensó en retractarse de cuanto predicara, antes se preparó para una resistencia armada contra el Emperador. En sus comienzos había enseñado que no era lícito hacer la guerra al Emperador, pero estas alternativas en sus

enseñanzas no es cosa nueva en Lutero. Ahora proclama que «no ha de ceder una línea al adversario, si quieren guerra la habrá». «Hay que empuñar las armas contra todo fraile o clérigo». «Yo mismo lo haré así porque hay que exterminar a esos miserables como a perros rabiosos».

En menos de seis meses Lutero replicaba debidamente a los deseos de concordia del Emperador con la liga de Esmalcalda, de la que entraron a formar parte el Duque Ernesto de Brunswik, Juan de Sajonia, los Condes Gíhard y Mansfeld, el landgrave Felipe de Hesse, el Príncipe Wolfango de Anhalt y las ciudades de Estrasburgo, Ulm, Constanza, Mínnigen, Biberach, Lindau, Isny, Lubeck, Brema y Magdeburgo.

Grisar advierte certeramente la ceguera de los príncipes que tan terrible golpe infería a la unidad alemana, poniendo en riesgo su fuerza en el interior y su evolución en el exterior.

Pero mientras tanto en campos de Suiza se riñe una gran batalla por la defensa de la fe. A Lutero le había salido un competidor, el cura Zwinglio, al que Lutero trataba de hereje porque negaba la presencia de Jesucristo en la Eucaristía. En octubre de 1531, los católicos ganaron la batalla de Kappel, en la que perdió la vida el mismo Zwinglio. Lutero bendijo a Dios con tal motivo, pues veía en su mente ese castigo divino y acaso, acaso, temiera un poco por la suya. Lo cierto es que las cosas tomaron un nuevo rumbo y pretendiendo cubrir las apariencias de un acatamiento a la Dieta de Augsburgo proponían una paz—mejor tregua—religiosa.

Pero la liga de Esmalcalda continuaba recibiendo adhesiones por parte de los príncipes. Con ocasión de ser elegido, tras grande oposición de los luteranos, Rey de romanos, Fernando, hermano del Emperador, se unieron a los de Esmalcalda el Duque de Baviera, católico, y Francisco I, que con el propósito de aniquilar el poder de los Augsburgo, hizo alianza con el mismo Solimán, que invadía Hungría, y ya estaba a las puertas de Viena. Carlos, vacilante, sin tener casi a quien recurrir, cuando todos se volvían contra él, se resolvió a aceptar la paz religiosa que los luteranos le proponían, quedando éstos en libertad para predicar sus doctrinas. Dió la batalla al turco, obteniendo una magnífica victoria. Poco

después se entrevistaba con el Papa para hablarle de nuevo sobre el Concilio. Se convino, por fin, preparar los preliminares de la tan deseada asamblea. El Papa, por un Breve, expondría a los príncipes la necesidad del Concilio, rogándoles prestasen su apoyo. En cuanto a los Estados de Alemania, sería un enviado de Su Santidad y otro del Emperador los que intervinieran directamente en las negociaciones cerca de los príncipes.

En enero despachó el Papa el Breve para los Reyes de Francia e Inglaterra y más tarde para los demás Estados electores del Imperio, convocando el Concilio para mayo de 1537 y en la ciudad de Mantua.

No llegó a esta fecha Clemente VII. El 25 de septiembre de 1534 fallecía el Papa, dejando a la cristiandad preñada de los más tristes presagios.

El tantas veces deseado Concilio huía de nuevo, cuando ya se creía llegado.

Dígase lo que se quiera, Clemente se opuso por todos los medios a que se discutiera en un Concilio su política mediceana y personalísima. Ahí están la correspondencia entre los Embajadores de Carlos V y su dueño para la comprobación de lo dicho. La verdad es que por su política de medro y engrandecimiento personal llevó la devastación a Roma, la desolación a gran parte de Italia, y lo que es más doloroso, por no haberse puesto de parte del Emperador, que con tanta insistencia pedía la celebración del Concilio, como remedio a tantos males, la Cristiandad se vió dividida.

RAFAEL BURGOS

(Continuará.)

Clínica del Dr. Luque

SANATORIO EXCLUSIVAMENTE PARA SEÑORAS

ATENDIDO POR RELIGIOSAS DE SAN VICENTE DE PAÚL



INTERNADO PARA OPERADAS Y DE MATERNIDAD



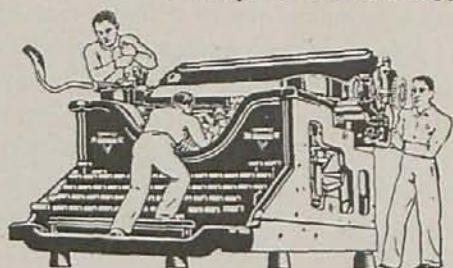
AVENIDA DE PABLO IGLESIAS, 58

(ANTES REINA VICTORIA)

(JUNTO AL STÁDIUM METROPOLITANO)

TELÉFONOS: 42290 - 42299

Para reparaciones sólo



MATEO MARIN

VENTA Y ALQUILER

ABONOS DE CONSERVACION

Papel carbón y cintas

Hernán Cortés, 18 - Teléfono 14503 - MADRID

LA HISPANICA

CONFITERIA-REPOSTERIA
FIAMBRES

ESPECIAL SERVICIO
DE LUNCH

PEDRO GONZALEZ LOPEZ

SELECTAS MERMELADAS
ESTILO INGLÉS

Serrano, 76-Teléf. 53226-MADRID

DESIDERIO MUÑOZ

Serrano, 78

Telefono 50517

LOS LICORES,
QUESOS,
MANTECAS,
FIAMBRES,
CONSERVAS
Y ACEITES
DE ESTA CASA
SON LOS MEJORES

Nuestro éxito: Mantequilla fina de León

J. STEINBRENER

EDITORES DE LA SANTA SEDE

DEVOCIONARIOS

OBRAS PIADOSAS

ARTICULOS RELIGIOSOS

Wintenberg

Checoslovaquia

Librería Católica
del
Sagrado Corazón
Gondomar, 10

CORDOBA

La Villa Mouriscot
Confitería - Pastelería - Fiambres
⊕
SALON DE TE
⊕
Barquillo, 20 - - Teléfono 16810
Glorieta de la Iglesia, 6.
Telf. 45047

El Lápiz Americano

Fábrica de Sellos de Goma

Artículos de Escritorio



La Casa más importante de Venezuela

Este, 4 núm. 12-2 :: CARACAS

